



Vindicta

Monique Amoedo

VINDICTA

MONIQUE AMOEDO

Copyright © 2012 Monique Amoedo
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781718196476
ISBN-13: 9781718196476

Si me engañas una vez, tuya es la culpa; si me engañas dos, es mía.

Anaxágoras

CONTENIDO

	Agradecimientos	i
1	La primera vez	1
2	La segunda	N.º pág.
3	Contratando un adonis	N.º pág.
4	En llamas	N.º pág.
5	Cambio de reloj	N.º pág.

AGRADECIMIENTOS

A Belén Gutiérrez por su gran capacidad para crear y hacer reír, el genio oculto detrás de los detalles.

A Josep Salvat por escuchar y orientar, gran periodista y excelente amigo.

LA PRIMERA VEZ

Daniela tamborileó inquieta los dedos sobre la mesa del comedor al tiempo que sus ojos color verde aceituna verificaban, una vez más, el reloj de su teléfono móvil. Ya llevaba más de una hora esperando, y algo le decía que él no iba a venir. Entonces una desagradable sensación acudió a ella, removiendo sus recuerdos. Para despejarlos, se levantó y miró por la ventana con la esperanza de verle llegar, pero ni rastro. Detestaba hacerlo, tener que llamarle para averiguar por fin cuándo iba a llegar, pero después de tanto rato de espera necesitaba saber dónde estaba o, en el peor de los casos, saber si le había sucedido algo. El buzón de voz fue la respuesta que escuchó tras marcar su número. Entonces los malos recuerdos volvieron a acudir, pero esta vez con mayor intensidad.

Ya habían transcurrido siete años desde que se habían conocido. Sucedió poco tiempo después de que ella se hubiese mudado a la ciudad para dedicarse a estudiar periodismo, su gran pasión. Por aquel entonces, se había instalado en

un pequeño apartamento en las afueras y había conocido a Cris, su alegre compañera de clase en la facultad, con la que congenió desde el primer instante.

Un viernes por la noche, tras haber pasado una intensa semana de exámenes, Cris había insistido para que fuesen a la inauguración de un nuevo *pub*, con la excusa de celebrar el buen resultado de sus calificaciones. Ella en principio se negó, pero Cris fue tan insistente que logró convencerla.

Tan pronto como llegaron, pudieron comprobar que el lugar estaba abarrotado de gente. En la puerta, una nutrida hilera de personas que esperaban su turno para entrar mermó los pocos ánimos de Daniela, que enseguida manifestó arrepentimiento por acceder a las peticiones de su amiga. Cris, obviando una vez más sus protestas, la tomó de la mano y la condujo por medio del gentío hasta llegar a la puerta del local. Una vez allí, fue reconocida por uno de los fornidos guardas de la entrada, que al verla apartó de inmediato la banda que limitaba el paso, y ambas entraron al lugar sin inconvenientes ante la perplejidad de quienes estaban a sus espaldas. El ambiente en el interior era espectacular: la música sonaba con fuerza vibrando al compás de las luces que provenían del techo, las cuales variaban sus tonos y formas continuamente; una pareja de atractivos jóvenes con ropas sugerentes se movía dentro de una larga barra con destreza, sirviendo bebidas y bailando al ritmo de la música, mientras se intercambiaban sonrisas y botellas con absoluta agilidad. Daniela siguió a Cris entre la gente sin perderla de vista, hasta que alcanzaron las escaleras que llevaban a la segunda planta, donde se encontraba la zona VIP. Una vez allí, atravesaron la sala moviéndose con destreza entre los grupos de personas, tratando de no chocar con los más distraídos, que reían y hacían comentarios jocosos a la vez que balanceaban vasos repletos de bebida entre las manos. Cuando por fin llegaron al final de la sala, Cris se dirigió a un grupo de personas que se hallaban instaladas en los mejores sofás del lugar.

Desde el instante en que Álex la vio por primera vez, Daniela supo que ella había llamado poderosamente su atención. Su metro sesenta y cinco bien repartido, su melena castaña con reflejos dorados y los grandes ojos de color verde oscuro no pasaron desapercibidos para él, y en cuanto pudo se acercó. Álex Bacardit y Cris eran amigos desde niños, habían estudiado juntos en uno de los colegios más caros de la ciudad y habían crecido jugando en el club hípico, el lugar de recreo y reunión de las familias más adineradas del lugar donde vivían.

Se lanzaron intensas y seductoras miradas durante un largo rato, hasta que Cris los presentó, y a partir de aquel momento Álex ya no se separó de ella. Se rieron e intercambiaron comentarios cómplices durante toda la noche. Daniela se sentía fascinada y llegó incluso a arrepentirse de su persistente negativa inicial a acudir a la inauguración. Lo habían pasado genial juntos, y la química era evidente entre ambos. Álex Bacardit era alto, cerca del metro ochenta, tenía hermosos ojos color almendra y el cabello castaño oscuro, que solía peinarse deslizando los dedos de sus esculpidas y masculinas manos entre los lacios mechones, con un gesto varonil y seductor. Para el momento de la despedida, él le había pedido a Daniela el número de teléfono. Ella se lo dio, convencida de que él no la llamaría, pero se equivocó: al día siguiente él ya la había llamado y, además, le había enviado varios mensajes.

Mientras continuaba esperando a solas, sentada en la mesa del comedor, recordó la emoción que sentía cuando escuchaba el sonido de su móvil y veía que él le había escrito un nuevo mensaje. Una noche habían estado hablando más de una hora y, tras colgar, se escribieron mensajes durante una hora más. Ella estaba fascinada.

Tras los mensajes vinieron las invitaciones, y comenzaron a salir. Pero había algo extraño en Álex: a veces desaparecía sin razón; su teléfono móvil en ocasiones permanecía apagado durante horas y, a pesar de llevar meses

saliendo, él nunca la había llevado a su casa ni la había presentado a su familia ni amigos; jamás la tomaba de la mano en lugares públicos y, por lo general, salían fuera de la ciudad cuando iban a cenar. Pero, con apenas veintidós años, Daniela era demasiado inocente para ver la realidad, y más estando obnubilada, como ella lo estaba. Tampoco se veían los fines de semana. Él siempre desaparecía y solo le enviaba mensajes; ella, por lo general, los aprovecha para visitar a su abuela, que vivía a dos horas de la ciudad, en el pueblo donde ella se había criado.

El hogar de la abuela era un centro para personas de tercera edad. La anciana había tenido que ingresar allí, ya que no contaban con más familiares que pudieran hacerse cargo de cuidarla. Daniela se había planteado en más de una ocasión trasladar a su abuela a la ciudad, para así poder tenerla más cerca, pero las residencias allí eran mucho más costosas que las del pueblo, y no se lo podían permitir. La abuela, viuda desde antes de que Daniela naciese, se había encargado de criarla tras la muerte de sus padres en un trágico accidente de coche. Por tanto, ella era su única familia y la persona más importante en su vida. Daniela le había hablado mucho a Álex de su abuela, y, a pesar de su insistencia por presentársela, él siempre había puesto excusas para no ir: que si un viaje, que, si estaba enfermo, o, simplemente, desaparecía.

Un día, estando en clase, Daniela recibió una fatídica llamada: era la directora de la residencia donde se encontraba la abuela. Se ponía en contacto con ella para comunicarle que debía acudir lo más pronto posible al hospital, ya que la anciana estaba muy grave. Tras recibir la noticia, ella partió de inmediato, condujo a toda prisa durante dos horas superando el límite de velocidad permitido y arriesgándose a tener un accidente. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos para encontrarla con vida, había llegado demasiado tarde y, al entrar en la sala de espera y ver la cara de la directora de la residencia, lo entendió todo. La noticia del fallecimiento fue devastadora para ella. No lo podía

entender. La abuela estaba bien la última vez que se habían visto, y ahora un infarto había acabado con su vida, sin ni siquiera darle tiempo a despedirse de ella. Daniela estaba destrozada. Cuando lo llamó para darle la noticia, él le dio las condolencias y prometió que la acompañaría al sepelio. Pero el día del funeral, las horas pasaron, y Álex no había aparecido; solo Cris estaba a su lado dándole apoyo. Daniela no olvidaría aquel día jamás. El dolor de la muerte de la abuela se unía a la amarga soledad que le provocaba el abandono de Álex, haciéndola sentirse la persona más infeliz y sola del mundo.

Después del sepelio, Cris insistió en que no estuviese sola y le propuso que se instalase unos días en su casa, pero ella se negó. Quería estar a solas

con su dolor. Cuando Álex comenzó a llamar, ella no le respondió. Estaba muy dolida por su comportamiento y cansada de sus continuas evasivas, y había tomado la determinación de poner punto final a la relación. Tanto el teléfono de su casa como el móvil no paraban de sonar. Él insistía hora tras hora, pero ella se mantuvo firme. Una noche sonó nuevamente el teléfono. Esta vez era Cris, y ella respondió.

—Hola, Cris.

—¿Qué tal, nena? ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, amiga, gracias.

—Mira, Dani, no estoy sola. Hay alguien a mi lado que quiere saludarte. ¿Puedo pasártelo? —preguntó Cris con preocupación.

Daniela sospechó de quién se trataba, pero no dijo nada. Entonces Cris le pasó el teléfono a Álex.

—Hola, bella. ¿Cómo estás?

Él siempre la llamaba bella cuando estaba arrepentido o sentía culpabilidad por algo. Al escucharlo, Daniela colgó el teléfono y lo dejó con la palabra en la boca.

A pesar de la tristeza, hizo un esfuerzo y asistió a clase. Tras terminar la

jornada, se dirigió a su coche, dispuesta a irse, y allí estaba él esperándola, con cara de arrepentimiento. Ella intentó entrar en el coche, pero él se lo impidió. Rogó, suplicó y hasta lloró, implorando perdón, logrando llamar la atención de todo transeúnte que pasaba a su lado. Pero Daniela no cedió y, en cuanto pudo, se subió al coche y se marchó. Sin embargo, él sabía cómo insistir. Ramos de flores espectaculares llegaron a su casa, uno cada día de la semana, siempre acompañados de tarjetas donde las declaraciones de amor y perdón rayaban el ridículo. Con persistencia asombrosa, continuó llamando e insistiendo durante días, haciendo caso omiso de los agravios y la indiferencia que Daniela le dedicaba. Un viernes por la tarde, harto de intentarlo y ser rechazado reiteradamente, se presentó en su casa cuando ella menos lo esperaba. Daniela, acostumbrada a que no apareciese a partir de los jueves, abrió confiada la puerta, y allí estaba Álex, dispuesto a lograr su perdón a toda costa, y lo consiguió.

De allí en adelante, él se mostró distinto, parecía dispuesto a enmendar sus errores. Comenzó a dedicarle más tiempo, incluidos los fines de semana, la presentó a varios de sus amigos e incluso la llevó a casa de sus padres. La familia poseía una gran mansión en una de las mejores zonas de la ciudad, y, aunque allí contaban con infinidad de habitaciones, Álex hacía tiempo que se había instalado en un lujoso apartamento de soltero en el centro. Seis años mayor que ella, él no tenía, ni tendría jamás, problemas económicos. Daniela, sin embargo, sabía lo que era vivir con un presupuesto ajustado y tener que compaginar trabajo con estudios para salir adelante. Quizá por aquella razón, nunca había sido vista con buenos ojos por parte de la madre de él, aunque lo disimulara bien.

Pasado el tiempo, ella descubriría cuál había sido el motivo del desconcertante comportamiento de Álex durante los primeros meses de su relación. Todo obedecía a que, en el momento de conocerla, él tenía novia y

había comenzado a salir con Daniela sin poner fin a la relación. Cuando Daniela se enteró, se enfadó muchísimo, tanto con él como con Cris. Se sintió traicionada por ambos, y así se lo había hecho saber. Entonces, un nuevo episodio de llamadas incessantes, ramos de flores, tarjetas y regalos irrumpió en su vida, hasta lograr una vez más su perdón. Cris le confesó que él también la había engañado. Ella nunca se había llevado bien con la que era su novia, pero, a pesar de ello, le había dicho que debía tomar una decisión, ya que estaba haciendo daño a dos personas, y le había advertido de que, si él no contaba la verdad, lo haría ella. Álex, a los pocos días del ultimátum, le había dicho que lo había dejado con su novia, pero era falso. Aquello había molestado muchísimo a Cris, y Álex se encontró en la tesitura de tener que rogarle perdón a ella también. Cris lo había perdonado, pero su amistad no saldría indemne de aquello.

Así pues, tras ocho meses de indecisión, Álex se había decidido por Daniela, mientras ella, ajena a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, se había granjeado el odio incondicional de la ex de Álex y de algunos de los amigos que la pareja tenía en común, ya que, al no conocer la realidad de los hechos, habían interpretado que Daniela se había metido en medio de la relación, sin importarle nada.

Todo aquello había sucedido siete años atrás. Ahora ella ya había terminado la universidad y trabajaba en el periódico local cubriendo las noticias de sucesos. No era el trabajo que más le gustase ni tampoco el que le garantizase el mejor futuro en su profesión. Ella sabía que, si realmente quería progresar, debía dejar la ciudad y probar suerte en otros lugares con más oportunidades. Recientemente su jefe le había comunicado que desde las oficinas centrales le habían ofrecido un puesto para ella, pero, tras pensarlo, Daniela lo había rechazado, pues quería permanecer al lado de Álex. El tiempo había consolidado la relación, Daniela contaba con veintinueve años y él con treinta

y cinco, y tras siete años juntos, ella empezaba a sentir que deberían dar el siguiente paso, pero nada más lejos de la realidad, pues el zorro cambia de pelo, mas no de mañas.

Y ahora se encontraba allí, caminando en círculos en medio de su modesto comedor, acercándose de vez en cuando a la ventana, y con todas las alarmas internas parpadeando sin parar. Transcurridas dos horas de espera, entendió que Álex no iba a venir ni a llamar. Él ya llevaba varios días mostrándose díscolo y distante, pero ahora la había dejado plantada, desapareciendo sin más, y también había apagado el teléfono móvil, tal como había hecho al principio de la relación. Todo apuntaba a que una tercera persona había entrado en acción. Se levantó y decidió salir para no quedarse a solas pensando.

Al día siguiente Álex la llamó bien entrada la mañana. La excusa que puso fue que se le habían complicado las cosas en la oficina y que, para colmo, se había quedado sin batería en el móvil para poder avisarla. Daniela estuvo a punto de soltarle una descarga por teléfono y colgarle, pero decidió no hacerlo. Era un verdadero insulto a su inteligencia que le dijera aquello. La mentira era tan descarada que no había por dónde cogerla, y eso quería decir algo: quería decir que a él no le importaba su reacción; es más, esperaba que ella reaccionase de forma violenta, y por eso tampoco se había apresurado en llamarla temprano para disculparse. Lo que realmente buscaba Álex era propiciar un enfrentamiento que sirviese de pretexto para generar una pelea entre ambos, de esa forma el enfado los mantendría alejados al menos tres o cuatro días. Era evidente que necesitaba moverse a sus anchas en lo que quiera que estuviese haciendo. Pero Daniela fue más hábil y fingió creerlo, desmontando todos sus planes. Entonces, a él no le quedó más remedio que comprometerse a cenar con ella.

Después de colgar, Daniela se quedó mirando fijamente la pantalla del

ordenador mientras balanceaba un bolígrafo entre los dedos. De repente, se levantó de su escritorio y fue a ver a su compañera de la sección moda. Matty era una chica risueña y menuda que siempre se movía nerviosamente por todo el departamento, agitando su corta y lisa melena pelirroja. Daniela y ella solían tomar café todos los días; juntas compartían sus inquietudes y preocupaciones, y habían consolidado una bonita amistad. Matty nunca había visto con buenos ojos a Álex y había sido muy directa con Daniela, expresándole lo que opinaba sobre su rechazo al puesto en la sede central.

—Estás cometiendo un error —sentenció—, aunque espero equivocarme.

—El puesto está muy lejos de aquí, Matty. Dejaría de ver a Álex durante semanas— se justificó Daniela.

—Es tu decisión; la respeto y te apoyo. Pero ya sabes lo que pienso de tu ricachón.

Habían pasado varios días desde aquella conversación, y ahora Daniela, de camino al escritorio de Matty, reconocía para sus adentros la certeza de sus palabras.

—Hola, Matty. ¿Te apetece un café?

—*Darling!* —exclamó al verla—. Te juro que llevo una mañana de desastre, tengo que preparar lo del desfile de moda en el Hotel Intercontinental y voy de cabeza.

—Matty, necesito un café —aseguró Daniela, mirándola fijamente.

—Está bien, está bien, pero solo un par de minutos; si no, serás responsable de mi despido.

Ya instaladas en la cafetería, ocupando un par de taburetes ubicados al final de la barra, Matty la interrogó mientras sorbía su café.

—¿Qué te pasa? Te encuentro un poco nerviosa.

—Oye, Matty, hace algún tiempo me comentaste que conocías a chicos jóvenes, modelos, que estaban dispuestos a aceptar ciertos trabajos por dinero

para poderse costear los estudios. ¿Todavía conservas algún contacto? — preguntó Daniela sin atreverse a mirarla a los ojos.

—No me digas que te quieres divertir un poco —soltó Matty con sonrisa picarona.

—No digas tonterías, sabes que tengo novio.

—Menuda joya —susurró la joven.

—¿Qué pasa, Matty? ¿Acaso hay algo que deba saber?

—No, pero te recuerdo que me muevo en círculos donde se conoce a mucha gente, y te aseguro que tu ricachón no es trigo limpio —aseguró ella—. Pero también sabes que, si me hubiese enterado de algo, te lo habría dicho sin dudar.

—Te lo agradezco. Bueno, a lo que íbamos —concretó Daniela—. ¿Puedes pasarme el contacto? Se ve que una amiga quiere organizar una despedida de soltera especial, tú ya me entiendes.

—De sobra, *darling*. No te preocupes, te lo envío por WhatsApp.

—Gracias, Matty. Como siempre, tan servicial. Eres un sol.

—¿Qué harías sin mí? —se jactó Matty, riéndose.

Cuando Daniela volvió a su escritorio, buscó ávidamente entre los cajones de su mesa una pequeña agenda con teléfonos y correos electrónicos a la cual recurría en ocasiones especiales. Obtener primicias a veces requería de ciertos contactos. Encontró el número móvil que estaba buscando y lo marcó.

—Buenos días. ¿Hablo con el señor Manuel Font?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, señor Font. Soy Daniela Romay, del diario *Local*. No sé si me recuerda, trabajamos juntos en el caso...

—La recuerdo perfectamente —la interrumpió el individuo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Verá, me gustaría reunirme con usted. Prefiero explicarle la situación en

persona. ¿Le parece bien que nos veamos?

—De acuerdo. Déjeme revisar la agenda. —Hizo una pausa de varios segundos y después contestó—: Tengo un hueco esta misma tarde a las seis. Si no, tendrá que esperar a la semana que viene.

—Pues que sea esta tarde. ¿Le va bien en el Café del Mar?

—Perfecto. Allí estaré.

—Gracias, allí le espero.

Daniela llegó a la cafetería con suficiente tiempo de antelación para asegurarse de elegir un lugar discreto y alejado de las miradas de los curiosos. La ciudad donde vivían no era muy grande, siempre podía haber alguien que la pudiese reconocer, y eso era lo que menos convenía a sus planes. Tras diez minutos de espera, Font apareció por la puerta y repasó el local con la mirada. Cuando ubicó a Daniela, se dirigió a ella con discreción. Manuel Font llevaba años dedicándose a la investigación privada. Rondaría los cincuenta, era pequeño y delgado, y podría considerarse un tipo del montón, salvo por los vivaces y llamativos ojos azules, que seguro le habían proporcionado más de una conquista en sus tiempos mozos. Ponía especial esmero en su cuidado personal, lucía siempre pulcro e impoluto, y su trato eran tan distante como correcto.

—Buenas tardes. Gracias por venir, señor Font —dijo Daniela al verlo.

—Buenas tardes, Daniela. No dispongo de mucho tiempo, así que, si le parece, vayamos al grano —pidió Font.

—Está bien. Verá, le he pedido vernos porque requiero sus servicios. Me gustaría investigar a una persona. —Pensó unos segundos y después matizó—: Bueno, en realidad a dos personas. Pero no es un trabajo para el periódico, es para mí.

—Explíquese.

—Sospecho que mi novio me engaña, y necesito que usted me confirme si lo

hace y con quién —solicitó Daniela.

—¿Es una sospecha o está segura del engaño?

—Estoy segura —confirmó Daniela—. Pero quiero que, aparte de confirmarlo, me dé datos de la mujer con quien me engaña.

—¿Está preparada para el resultado de la investigación?

—Lo estoy. Sé que me engaña, lo que quiero son los detalles —aseguró ella, convencida.

—De acuerdo. Deme los datos y me pongo manos a la obra. En quince días nos vemos en este mismo lugar a esta misma hora y le proporcionaré toda la información. Estos son mis honorarios; prefiero el dinero en efectivo, cincuenta por ciento por adelantado, y el otro cincuenta a la entrega de la información.

—Contaba con ello, tenga. —Le pasó un sobre discretamente y le dijo—: Recordaba lo pautado en el trabajo anterior y, en base a ello, estimé el pago inicial, pero le agradezco que lo verifique para que queden las cuentas claras.

—Espere un momento —pidió Font antes de levantarse y dirigirse al lavabo.

Volvió a los pocos instantes y se sentó de nuevo a su lado.

—Todo en orden —confirmó—, pásame los datos.

LA SEGUNDA

Los quince días de espera se le hicieron eternos. La angustia y la curiosidad la carcomían por dentro, y solo encontraba refugio en el trabajo. No había contado nadie sus sospechas acerca de Álex ni mucho menos sobre la reunión que había mantenido con el detective privado. Álex, por su parte, tenía unos cambios de humor que la desesperaban. Había días en los cuales estaba huraño y la trataba con absoluta indiferencia, e incluso en ocasiones pasaba días enteros sin preocuparse de llamarla; en otros momentos hacía todo lo contrario, llegaba a llamarla hasta tres veces al día; en ocasiones la abrazaba largo rato en silencio o se detenía a mirarla mientras ella iba haciendo cosas por la casa, y cuando le preguntaba qué le pasaba, él respondía con evasivas. Álex ya no quería salir los fines de semana. A él siempre le había encantado cómo cocinaba Daniela, así que se acoplaba en su casa, le pedía que le preparase algo rico y se instalaba a ver películas. Durante aquel espacio de tiempo, mantenía el móvil apagado o lo dejaba supuestamente olvidado en el coche. Daniela había tomado la precaución de anotar día a día su comportamiento y, aunque a veces le parecía una actitud paranoica, sabía que sería una información útil para el futuro.

El esperado día llegó. Faltaban veinte minutos para las seis, pero ella ya se había instalado en la misma mesa que había elegido quince días atrás. Se había recogido el cabello y puesto una gorra y gafas de sol. El lugar era grande y solía estar lleno a esa hora de la tarde, y prefería pasar desapercibida. Manuel Font apareció puntual e impoluto, como de costumbre. —Buenas tardes, Daniela —la saludó al sentarse.

Ella le devolvió el saludo, pero sus ojos se habían quedado clavados en el sobre que el detective llevaba en la mano.

—Como puede ver, he estado ocupado.

—¿Ha podido confirmar mis sospechas? —preguntó Daniela, preocupada.

—Así es, pero hay más —le dijo, mirándola—. He descubierto otras cosas. ¿Está segura de querer saberlas? ¿Está preparada para ello?

—No lo sé, pero he pagado para ello. Tendré que estarlo, me guste o no —concluyó Daniela.

—Bien, pues vamos allá. —Abrió el sobre y, antes de sacar el contenido, lanzó una mirada recelosa al entorno. Una vez se aseguró de que nadie los observaba, comenzó su explicación—: Usted estaba en lo cierto: se estaba viendo con una mujer, pero no es la única.

—¿Cómo? —preguntó Daniela al tiempo que empalidecía.

—Verá, durante los quince días que le he seguido, he descubierto que visita con frecuencia un prostíbulo situado en las afueras, más o menos a una hora de aquí. Aquí están las fotografías que lo demuestran; las fechas están anotadas en la parte de atrás —dijo, indicándolas con el dedo índice—. En este período de tiempo ha ido cuatro veces, es decir, unas dos veces por semana.

Daniela estaba paralizada por la noticia. Se había quedado tan impresionada que era incapaz de pronunciarse. Font trató de escudriñar a través de sus gafas de sol, para comprobar si se encontraba bien. Ella reaccionó.

—Continúe, por favor —solicitó, al tiempo que hacía un gesto con la mano.

—Aparte de esto, mantiene una relación con una mujer desde hace más de diez años. Suele ir a su casa los días de entre semana a la hora del mediodía. Por lo que he podido averiguar, él la mantiene. Ella fue su empleada o es familiar de alguna de sus empleadas. No sabría asegurárselo. Regenta una pequeña hamburguesería, que por lo visto ha pagado él. —Subió las cejas y añadió—: Como comprenderá, no he podido averiguar más, debido al poco tiempo del que disponía. Con esto quiero decir que no sé por qué la mantiene. No sé si es porque le debe algún favor o hay algo más, pero, si le sirve de consuelo, no

tienen ningún hijo en común. Lo único que sé es que ella es consciente de que usted existe y lo acepta, y creo que también sabe lo de sus visitas al prostíbulo, pero parece no darle importancia, supongo que por conveniencia.

Daniela, ahora con el codo apoyado en la mesa, se cubría la boca con la palma de la mano y miraba estupefacta al detective, prácticamente sin moverse. Le preguntó, hablando entre los dedos:

—¿Cómo se llama?

—María —respondió Font—. Desconozco el apellido.

—No importa, con el nombre me basta. —Suspiró profundamente y añadió—: Cuénteme el resto, por favor.

—Bien, tal como usted sospechaba, ha conocido a otra mujer: es mucho más joven que él e incluso que usted, tiene veinticuatro años, estudia Derecho en la facultad y vive apenas a unas calles de la suya, justo en la urbanización de al lado.

Daniela levantó la cabeza sorprendida y se quitó las gafas de sol.

—Recuerde que lo he seguido, también he visto cuando la ha visitado a usted —dijo el detective, subiendo las cejas al mismo tiempo que encogía los hombros—. Por cierto, a usted es a la que menos ha visitado.

Los ojos se le cristalizaron y tuvo que cerrarlos por un largo instante para tratar de recomponerse y no empezar a llorar allí mismo. El detective Font no emitió ningún sonido hasta que ella volvió a dirigirle la mirada.

—¿Quiere que continúe? —insistió una vez más.

—Sí.

—Al parecer está bastante interesado en ella: la ha llevado varias veces a cenar, siempre a las afueras, nunca a los lugares de la ciudad que usted me comentó. Hace unos días se le presentó en la universidad sorpresivamente. Por lo visto, ella estaba molesta por algo, mantuvieron una discusión y ella se marchó. —Revisó sus apuntes y prosiguió—: Después de ese episodio, las

cosas se han intensificado entre los dos: él le ha enviado varios regalos y ramos de flores a su casa y, por lo visto, han hecho las paces.

Todo cuanto Manuel Font estaba contando era una descripción de lo ocurrido años atrás con ella: las discusiones, los ramos de flores, las cenas donde nadie los pudiese reconocer. Daniela sabía cuál era el próximo paso: él iba a dejarla.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos? —inquirió Daniela.

—Por lo que he podido averiguar, unos seis meses.

—¿Sabe cómo se llama?

—Se llama Carla Fernández.

—¿Pudo averiguar dónde se conocieron? —volvió a preguntar Daniela.

—Al parecer se la presentó un amigo. Se ve que coincidieron en un *pub* que él frecuenta algunos días de la semana después del trabajo. Muchos estudiantes suelen ir allí después de clases. Aquí está la dirección y el nombre del lugar —explicó el detective.

Después de escucharlo, Daniela permaneció en silencio con la mirada enfocada en las fotografías que él le había entregado. En ellas pudo apreciar perfectamente a su rival riendo al lado de su novio, mientras ambos compartían una sonrisa cómplice.

Ciertamente era más joven que ellos y, aunque le doliese reconocerlo, era muy atractiva: tenía el cabello liso, cortado a la altura de los hombros, y el tono de su melena era mucho más claro que el suyo; tenía unos bonitos ojos color castaño y una hermosa sonrisa. Después de analizar minuciosamente las imágenes, también observó que era más alta que ella, ya que aparecía en varias fotografías sin tacones y casi lo alcanzaba a él. Ordenó toda la información y la colocó de nuevo dentro del sobre, bajo la atenta mirada del detective, que se encargaba de escrutar cada uno de sus movimientos sin decir nada. Daniela suspiró e hizo una nueva pregunta:

—¿Sabría decirme si ella sabe de mi existencia?

—No estoy seguro. Todo parece indicar que no, pero ya sabe que he contado con poco tiempo. Lo que sí sé es que ella salía con alguien antes. Al parecer no era algo muy serio, y ella lo dio por zanjado cuando conoció al Sr. Bacardit.

—Sr. Bacardit... —ironizó Daniela, negando con la cabeza.

—Creo que no me he dejado ningún detalle. De todas formas, encontrará más información en el resto la documentación que está dentro del sobre.

—De acuerdo —confirmó Daniela, mientras se disponía a buscar en su bolso el dinero que le debía para cumplir con su parte del acuerdo.

—Ah, casi lo olvidaba —manifestó Font, apuntando con el dedo.

—¿Qué?

—Quizá no tenga importancia, pero casi olvido comentarle un episodio que tuvo lugar un par de días antes de culminar la investigación.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Daniela.

—Una tarde su novio se dirigía a casa de esta joven, pero un par de calles antes de llegar a su destino, apareció de repente un tipo en una moto y le cortó el paso.

—¿Quién era?

—No lo sé —respondió Font—. Pero el motorista estaba molesto, se bajó de la moto y fue hacia la ventanilla del conductor y la golpeó con fuerza mientras le exigía que se bajase. Pero el Sr. Bacardit no se atrevió, se le veía bastante asustado.

—Siempre ha sido un cobarde —confirmó Daniela con rencor—. ¿Qué pasó después?

—El individuo propinó un par de patadas al vehículo de su novio y lo amenazó. Le dijo que sabía muy bien quién era y por dónde se movía, y le aseguró que le iba a dar donde más le dolía. Luego se subió a la moto y se

marchó.

—Por lo que me ha contado, puede que fuese el novio despechado de la tal Carla —concluyó Daniela.

—Puede, pero no encaja mucho con el estilo de la joven. Aunque nunca se sabe —admitió el detective.

—¿Por qué lo dice?

—Tanto la ropa como la moto eran caras —explicó Font—. Pero su lenguaje era vulgar y ordinario.

—Bueno, es normal, usted mismo ha dicho que estaba enfadado —replicó Daniela.

—Sí, pero el tipo de expresiones eran vulgares, y también sus ademanes, como los alguien acostumbrado a moverse en los bajos fondos —aclaró el detective—. Sin embargo, la moto era nueva y cara, al igual que su ropa.

—¿Cómo lo sabe?

—Siempre me han gustado mucho las motos, leo y me informo acerca de los modelos que van saliendo al mercado, y esta la reconocí en seguida —aseguró Font antes de proseguir—. Era una Kawasaki Z1000 totalmente negra. Diría que es uno de los modelos más recientes. Lo cierto es que no se trata de una moto barata, tampoco de las más caras, pero cuesta dinero, y a mí me dio la impresión de que ese individuo no era precisamente hijo de una familia de la zona alta. No sé si me explico.

—Lo que me quiere decir es que puede que Álex esté metido en algún asunto extraño o se haya mezclado con gente que no debía. ¿Es eso? —interrogó Daniela.

—Puede ser eso, o simplemente ha molestado a quien no debía —confirmó Manuel Font—. Pero estoy seguro de que ese individuo no es de los que amenaza en vano.

—¿Y no pudo verlo?

—No, en ningún momento se quitó el casco, o bien porque no le interesaba ser reconocido o bien porque tenía la plena seguridad de que su novio sabía perfectamente de quién se trataba. A saber. Lo que sí hizo fue gritar lo suficientemente alto como para que se escuchasen sus amenazas —explicó antes de darle un último detalle—. De todas formas, el casco lo delataría a donde quiera que fuese.

—¿Por qué?

—Por el tipo de diseño que tiene. Por cierto, muy bien elaborado —puntualizó el detective—. Tiene llamas dibujadas a ambos lados del casco, y en la parte de atrás, una calavera, a la cual también le salen llamas por la cuenca de los ojos.

Tras escucharlo, Daniela apoyó la frente entre las manos, ocultando su rostro en un vano intento de encajar toda la información que acababa de recibir. El detective la observó en silencio y le fue inevitable no sentir lástima ante la vulnerabilidad que ella transmitía. Entonces se atrevió a darle un consejo.

—Mire, Daniela, me parece usted una buena persona. Yo tengo una hija, y le confieso que me horroriza la sola idea de que dé con un tipo de esta calaña —le aseguró, antes de proseguir—. Después de haberlo seguido durante dos semanas, le puedo confirmar que no es trigo limpio, que no la quiere y que su futuro a su lado puede ser muy triste. Imagínese, si así actúa de novio, qué no hará el día que esté casado.

—Lo sé, pero tiene que entender mi tristeza y mi consternación —manifestó ella—. Lo que usted me acaba revelar es terrible e inquietante. Resulta que llevo siete años al lado de una persona que no conozco, y lo que yo creía no se parece ni por asomo a la realidad. En este momento no sabría ni describirle cómo me siento.

—Me hago una idea —le dijo el detective, apretándole con suavidad un hombro—. Creo que lo mejor es que ahora se vaya a casa y piense muy bien lo

quiere hacer.

—No le quepa la menor duda, Sr. Font.

Daniela le pagó el resto de la cantidad acordada, y ambos se dirigieron a la puerta del local, donde, antes de despedirse, Manuel Font le ofreció ayuda en caso de que la necesitase nuevamente. Ella se lo agradeció, se subió a su coche y se marchó.

CONTRATANDO UN ADONIS

Daniela lloró hasta agotarse. Cuando se levantó del sofá y se vio al espejo, se reprochó a sí misma haber sido tan inocente y crédula. Estaba enfadada consigo misma, decepcionada, triste, abatida y sola, sobre todo muy sola, y para colmo una pregunta le daba vueltas como una tortura una y otra vez en su cabeza: «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?». Si lo único que había hecho ella era quererlo, no comprendía, por más que lo intentaba, por qué Álex la había

traicionado de aquella manera. Se dejó caer de nuevo en el sofá, absorta en sus pensamientos, hasta que recordó su pequeño bloc de notas. Allí había ido registrando los momentos más significativos del comportamiento de Álex durante los quince días que había durado la investigación. Buscó ávidamente entre las hojas y comenzó a cotejar sus anotaciones con los datos aportados por Manuel Font. Ante los resultados, sintió que el pecho le ardía de la rabia, las manos le temblaron de la impotencia, y se sintió exasperada al comprobar que, tal como le había dicho el detective, era a ella a la que menos había visitado. Todo encajaba. Qué falso, qué embustero, una mentira tras otra, día tras día. Era tal su enfado que, de tenerlo delante en aquel instante, lo habría matado con sus propias manos. Para desahogarse, arremetió contra el primer objeto que encontró a su paso y lo estampó contra la pared. El barato jarrón de cinco euros quedó hecho añicos en el suelo al igual que ella, que se desmoronó y, cayendo de rodillas sobre la alfombra del salón, volvió a llorar desconsoladamente. Entendió que Álex iba a dejarla, y faltaba muy poco tiempo para ello. Se vino abajo al ser consciente de que el desenlace sería inminente e inevitable, y a pesar de la rabia también sintió un enorme dolor, porque ella todavía lo quería y no se imaginaba sus días sin él. Se preguntó una vez más qué había hecho tal mal para que él no la hubiese querido, por qué la había traicionado de esa manera. Pero no halló la respuesta.

Su refugio fueron las lágrimas y una ducha caliente. Agradeció que Álex ni siquiera hubiese aparecido en todo el día; no tenía ganas de hablar con él, no estaba preparada para manejar la situación. Se preparó un vaso de leche tibia y se metió en la cama, donde, después de llorar hasta la saciedad, se sintió lo suficientemente lúcida como para entender lo que él estaba tratando de hacer.

Realmente Álex siempre había sido un cobarde, era incapaz de plantarle cara a las situaciones difíciles. No tenía el valor de mirarla a la cara y contarle la verdad, prefería desaparecer y desgastarla con sus desaires y mentiras, hasta

que ella, cansada de aguantar, decidiese cortar con la relación. Con ello él se evitaba el mal trago de hacer frente a la situación y, además, siempre podría decir que había sido ella quien lo había dejado y no él. Poco pudo dormir aquella noche y, cuando sonó el despertador al día siguiente, tenía los ojos abiertos como platos.

Al entrar en la redacción del periódico, más de un compañero se giró al verla, puesto que aquella no era la Daniela a la que estaban acostumbrados: apenas se había arreglado, durante el día iba constantemente al baño y salía con los ojos rojos, y no lograba concentrarse. Después de un par de días bajo las mismas circunstancias, su jefe la llamó al despacho. Daniela comprobó como el Sr. Forni se pasaba la mano por las prominentes entradas de la frente, gesto que solía hacer cuando algo le incomodaba. Era un hombre inteligente, de riguroso carácter, pero un líder nato, que sabía cómo capitanear un equipo, y además sabía escuchar.

—Por favor, Daniela, pasa. —Ella obedeció—. ¿Te encuentras bien?

—No.

—Pero ¿por qué no me lo has dicho? ¿Necesitas ir al médico?

—No.

Su jefe estaba desconcertado ante las repuestas monosilábicas y decidió guardar silencio y analizarla, antes de formular una nueva pregunta. Daniela estaba ojerosa, se la veía cansada, triste, y era evidente que había estado llorando.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

Daniela se mordió el labio inferior y giró la cabeza hacia el ventanal para no enfrentarse a la acuciante mirada de su jefe. Así y todo, sus ojos se inundaron de lágrimas, dio un salto de la silla, dándole la espalda, y, sin atreverse a mirarlo, le dijo:

—Sí, necesito que me permita tomarme un par de días de mis vacaciones, por

adelantado.

—Creo que necesitas más que un par de días —contestó él, logrando que ella se girase alarmada.

—¿A qué se refiere?

—No te asustes, no te voy a despedir, si eso es lo que has pensado —le aclaró él, que enseguida notó el alivio en su rostro—. Me refiero a que creo que debes descansar para volver repuesta. Hoy es miércoles, prefiero que no vengas hasta el próximo lunes. Pero, cuando lo hagas, que sea al cien por cien, como siempre.

—De acuerdo, así lo haré, gracias.

Cuando Daniela salió del despachó, descubrió que era el centro de atención del diáfano recinto destinado a la redacción. Se dirigió a su escritorio y recogió sus cosas, dejando tanta incógnita como cuchicheos en el aire. Llegó al aparcamiento, se subió al coche y, justo cuando se inclinó para buscar en la guantera su estuche con las gafas de sol, unos golpecitos en la ventanilla del conductor la hicieron sobresaltarse. Era Matty, que le hacía indicaciones para que la dejase subir. Daniela le abrió la puerta.

—Por Dios, Matty, qué susto me has dado, no te vi.

—Así que pensabas irte sin explicarme lo que está sucediendo —le reprochó su compañera al ocupar el asiento del copiloto.

—Lo siento, amiga, no te enfades. Es que no me siento con la fuerza ni la capacidad para hacerlo —se disculpó Daniela.

—Te has enterado de algo, ¿verdad? Algo del ricachón ese —le preguntó Matty.

Daniela no pudo soportarlo más y rompió a llorar desconsoladamente, mientras aferraba las manos con fuerza al volante. Su compañera se mantuvo en silencio, consolándola con suaves caricias en la espalda, hasta que dejó de llorar. Después de tranquilizarse, entendió que necesitaba desahogarse con

alguien, y entonces le contó a Matty lo que había descubierto. Obvió el método para llegar a la verdad y los detalles más escabrosos, básicamente por vergüenza, así que se limitó a contarle lo del engaño de Álex con Carla Fernández y no hizo referencia al resto de la desagradable verdad.

—Pero ¡será h. de p.! —exclamó furiosa.

—Matty, por favor, que no estamos para finuras, dilo con todas las letras —sugirió Daniela—. Es un hijo de puta.

—Y de los peores. Te lo dije, amiga, mira que te lo dije, siento recordártelo, pero ya sabes nunca me gustó ese tipo, se le veía a la legua el plumero —le recordó Matty con frustración—. Y ahora ¿qué?

—El Sr. Forni me ha dicho que descanse unos días para reponerme, y es lo que voy a hacer, necesito estar bien.

—Tiene razón, pero ¿qué vas a hacer? Me refiero al idiota ese —le preguntó su compañera.

—Todavía no lo sé, Matty, todavía no lo sé —repitió Daniela.

—¿No me digas que no lo vas a dejar hoy mismo?

—Ya veré lo que hago —contestó Daniela.

—¿¡En serio!?! Después de lo que me has contado, ¿cómo puedes decirme que no lo sabes?

—¡Pues porque todavía no lo sé y no estoy para que me presionen! ¡Matty, por favor! —le pidió Daniela visiblemente nerviosa, todavía aferrada al volante.

—Vale, vale, yo solo quería ayudar —se excusó Matty.

Daniela recapacitó tras su abrupta reacción.

—Lo sé, amiga, lo siento. No tenía que haberte contestado así —se disculpó. Luego hizo una larga pausa, durante la cual parecía estar pensando algo, y después dijo—: Por cierto, todavía estoy esperando el mensaje de WhatsApp con el contacto del modelito ese que acepta trabajitos.

Matty se golpeó la frente con la palma de la mano, indicando que se había

olvidado por completo de la petición de su amiga.

—Lo siento, lo siento, tienes razón. Mira, ahora mismo te lo paso. Es más, te voy a pasar dos y tú eliges. —Movi6 ambos dedos pulgares con destreza por la pantalla de su tel6fono m6vil y dijo—: Aunque sea para una amiga tuya, deberías aprovechar el momento y ponerle unos buenos cuernos a ese imb6cil, no ser6 porque no se lo merezca.

El tel6fono m6vil de Daniela, todavía en modo silencio desde la reuni6n con Font, vibr6. Ella lo oje6 y vio en la pantalla el s6mbolo del WhatsApp. Lo abri6 y aparecieron las dos referencias que Matty le acaba de enviar. Su compañera estir6 el cuello para ver la pantalla y le explic6:

—Marc, el primero, est6 muy bien: treinta añ6s, discreto, morenazo y cuerpazo, especialista en despedidas de soltera, seg6n pagues, har6 —matiz6 con una mirada expl6cita—. El otro es Jon, no tiene tanta experiencia como *showman* ni llegar6 tan lejos como Marc. Solo se limita hacer el *show* y punto. Creo que lo hace porque necesita pagarse los estudios, es m6s jovencito, pero est6 muy bueno, todo depende de lo que busques para tu amiga.

—¿C6mo de jovencito? —pregunt6 Daniela.

—Veinticinco, reci6n cumpliditos.

—Entonces es perfecto —dijo Daniela.

Cuando lleg6 a casa, se sentía realmente extenuada. No quiso comer, se prepar6 una infusi6n y se meti6 en la cama. Por fin había logrado conciliar el sueño durante m6s de una hora, cuando el tel6fono m6vil vibr6 sobre la mesita de noche y la arranc6 bruscamente de los brazos de Morfeo de un sobresalto. Era Álex. No le respondi6, lo detest6 por haberla despertado, por haberla engañado, por haberla utilizado. Se levant6, se mir6 en el espejo y le pareci6 que estaba horrible. Se sent6 de nuevo en la cama, revis6 el mensaje de Matty y se decidi6 a llamar. Su elecci6n había sido Jon. Marc6 su n6mero y, tras dos tonos, una voz agradable y masculina respondi6 al otro lado.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, buenas tardes, ¿hablo con Jon?

—El mismo —respondió el joven.

—Hola, Jon, mi nombre es Daniela. Me ha facilitado tu número una amiga en común. Estoy interesada en hablar contigo para contratar tus servicios.

—Perfecto, sin ningún problema. Pero ¿hablamos de servicios publicitarios o de otro tipo de servicios? —quiso saber Jon.

—De otro tipo de servicios —especificó Daniela.

—De acuerdo, pues ¿qué te parece si nos reunimos para hablarlo?

—Estupendo. ¿Qué tal si nos encontramos en el *hall* del Hotel Le Chat dentro de un par de horas? ¿Sabes cuál es?

—Por supuesto, allí estaré. Llevaré puesta una camisa de manga larga, color azul oscuro —informó Jon—. Así podrás reconocermé más rápido.

—Gracias, nos vemos en un par de horas.

Definitivamente Matty se había quedado corta. Jon poseía una de esas bellezas naturales que enganchan, de esas que no puedes dejar de mirar y admirar. Daniela lo reconoció enseguida y caminó a su encuentro. A medida que atravesaba el *hall* del hotel aprovechó para analizar sus rasgos. «Madre mía, pero ¿este ser de dónde ha salido?», pensó. El rostro triangular y simétrico de Jon destacaba por sus líneas armónicas y por sus atractivos rasgos varoniles; lucía una piel tersa y bronceada que mostraba el esplendor y la frescura propios de su juventud, todo ello enmarcado bajo las suaves ondas de un hermoso cabello castaño brillante. Sus ojos eran grandes, ovalados y azules; su nariz, recta y perfilada, y los labios, apetecibles y bien definidos. Cuando Daniela llegó junto a él, Jon se levantó para recibirla y entonces dejó asomar una reluciente y nívea dentadura que puso la firma de calidad al despliegue de encantos que poseía.

—Hola, yo soy Daniela, mucho gusto —le dijo al tiempo que le estrechaba la

mano—. Gracias por venir.

—Hola, Daniela, el gusto es mío —sonrió él, la tensión era evidente—. ¿Te parece bien si vamos a la cafetería y pedimos algo? Así estaremos más cómodos.

—De acuerdo —aceptó Daniela.

El tiempo pasó volando para Daniela durante las dos horas que estuvo con Jon. Conectaron desde el primer momento, y eso supuso un gran alivio para ella. Durante el trayecto en coche, de camino a la cita, estaba muy inquieta acerca de cómo se desarrollaría el encuentro; nunca antes se había planteado hacer algo igual, y el hecho de que Jon y ella congeniasen había facilitado muchísimo las cosas. Ahora los dos se encontraban en la puerta principal del hotel, a punto de despedirse.

—Entonces, tal como hemos acordado, nos veremos aquí dentro de una semana a la misma hora —afirmó Jon.

—Así es —confirmó Daniela.

—Perfecto. Si hubiese algún cambio, házmelo saber. —Se inclinó, la besó en la mejilla y le guiñó un ojo—. Te estaré esperando.

Daniela se quedó sin palabras y apenas pudo esbozar una sonrisa mientras lo veía alejarse. Reaccionó y miró a ambos lados, preocupada de que alguien la pudiese reconocer saliendo del hotel acompañada de aquel ser divino de formas esculpidas, sensuales y perfectas. «Seré estúpida», pensó, «ojalá que alguien conocido me viese». Pero no fue así.

El teléfono móvil de Álex estaba encendido, pero no le respondió. Daniela dejó pasar diez minutos y volvió a intentarlo, pero el resultado fue el mismo, así que recurrió al plan B.

—Sí, buenos días.

—Buenos días, Alicia —saludó Daniela en cuanto escuchó la voz de la secretaria de Álex.

Alicia era la mano derecha de Álex y también lo había sido de su padre antes de que este se jubilase. Era una mujer agradable y servicial, que mostraba un aprecio sincero por Daniela. Desde que se conocían, la mujer siempre le había dedicado un trato amable y cordial, al que Daniela correspondía con agrado. Al escucharla, Daniela se preguntó cuántas verdades sabría Alicia. Seguro que muchas, y llegó a la conclusión de que quizá, en el fondo, solo sintiese lástima por ella, ya que conocía todas las idas y venidas de Álex. De ahí su afabilidad, seguro que era por pura pena.

—Hola Daniela, cuánto tiempo. ¿Cómo va todo?

—Más o menos —contestó Daniela—. Alicia, ¿podrías pasarme a Álex, por favor?

—Álex está reunido con unos clientes —le explicó Alicia—. ¿Quieres que le deje algún mensaje?

—Sí, por favor —suspiró, y dijo—: Verás, Alicia, han entrado a mi casa a robar y me han agredido. Dile que me llame en cuanto le sea posible.

—¡Por Dios bendito, Daniela! ¿Estás bien!? ¿Qué te han hecho!? ¿Has llamado a la policía!?

La mujer estaba consternada con la noticia y no dejaba de hacerle preguntas. Daniela tuvo que hacer varios intentos antes de poder explicarse por completo.

—Tranquila, Alicia, estoy bien, te lo aseguro —manifestó ella—, pero la verdad es que no me gustaría tener que hablar con la policía estando sola.

—Por supuesto, no te preocupes que ahora mismo se lo hago saber —prometió la mujer—. Enseguida te llama.

—Gracias, Alicia.

—Cuídate mucho, Daniela.

Para sorpresa de Daniela, Álex no llamó, sino que se presentó en su casa directamente. Habían pasado diez minutos tras la conversación con Alicia, y

Daniela había dado por sentado que Álex o bien no había recibido el mensaje o, aun habiéndolo recibido, no le había dado importancia. Pero obviamente se había equivocado. Él se encontró la puerta de su apartamento entreabierta, la empujó con cuidado y entró. Había libros y papeles esparcidos por el suelo, también un jarrón roto, varias figuras y adornos tirados, los cajones y puertas del armario del salón estaban abiertos, y su contenido había sido removido por completo. Toda la estancia era un caos absoluto.

—¿Daniela? ¿Daniela? —llamó Álex con preocupación.

—Aquí —respondió ella desde la cocina.

—Pero ¿¡qué ha pasado!?! —exclamó horrorizado al ver a Daniela.

Ella estaba apoyada en el fregadero de la cocina y sostenía un trapo con hielo sobre la mejilla; el trapo tenía sangre y el moratón empezaba a hacerse evidente en su rostro. Ella, al verlo, corrió a sus brazos y lloró como una niña asustada.

—Pero, amor, ¿qué pasó? —La abrazó con fuerza

—Creo que los pillé infraganti —contestó ella, entre sollozos.

—¿Has llamado a la policía? Hay que llamar a la policía de inmediato —ordenó Álex—. ¿Por qué no has llamado?

—No lo sé, estaba muy asustada y confundida, no quería estar sola cuando viniesen —se justificó ella.

—Vale, vale, lo entiendo —la tranquilizó—. Pero ahora debemos notificarlo.

Álex echó mano de su móvil y ya se disponía a llamar, cuando Daniela hizo un comentario.

—Seguro que el tipo ese tiene algo que ver.

Él se detuvo.

—¿Qué tipo?

—Hace varios días que vengo viendo un tipo muy raro que ronda la puerta del edificio, pero no sospeché nada hasta ahora.

—Pero ¿de quién hablas? —insistió Álex.

—Del hombre de la moto. Siempre va vestido de negro, la moto también es toda negra y parece de las caras. Por eso no presentí nada malo, pensé que venía a visitar a alguien aquí en el edificio —razonó Daniela, haciendo un ademán con la mano que no sujetaba el trapo.

La explicación de Daniela había logrado captar por completo la atención de Álex, quien descartó la idea inicial de llamar a la policía y se centró en hacerle más preguntas.

—Pero, eso no quiere decir nada. ¿Por qué estás tan segura de que tiene algo que ver con el robo?

—Es que siempre me estaba observando. Incluso cuando subía a casa y me asomaba por la ventana, él se fijaba en mí —dijo ella.

—Pero ¿le viste la cara?

—No, no, si es que nunca se quita el casco ese tan particular que lleva puesto —explicó Daniela—. Pero no hacía falta que se lo quitase. Yo sé que me observaba, eso se nota.

—¿Qué casco?

—¿Qué? —preguntó Daniela, extrañada.

—Has dicho que lleva un casco particular. ¿Qué tiene de particular?

—Pues que tiene llamas por los lados, y en la parte de atrás tiene una calavera, a la cual le salen llamas por los ojos. Eso lo recuerdo perfectamente. El rostro de Álex se transformó por completo. Empalideció y tuvo que girarse para ocultar su turbación. Daniela continuó con su explicación sin reparar en su comportamiento.

—Hoy tuve que ir a cubrir una noticia y decidí pasar por casa para cambiarme. Seguro que no contaban conmigo, y, al verme, uno de ellos me dio un empujón y me golpeó contra el marco —dijo, señalando el marco para indicarle el lugar del impacto—. Después ambos salieron corriendo. Aquí

arriba, en mi piso, estaban dos de ellos, iban vestidos de negro como el de la moto, hasta los guantes eran negros, y abajo estaba ese tipo. Esto se lo tengo que explicar a la policía, ¿no crees?

Álex no se había girado en ningún momento, permanecía de espaldas a ella con las manos colocadas en jarras y la mirada clavada en el suelo.

—Álex, ¡Álex! —gritó ella. Él se giró de inmediato—. Te estoy hablando.

—Disculpa, es que me ha impresionado todo esto —se excusó—. ¿Qué me decías?

—Te decía que estoy segura de que ese tipo tiene algo que ver con el robo y que creo que debo explicárselo a la policía.

—No, no, de ninguna manera, es mejor que no llamemos a nadie —se apresuró a decir.

—¿Cómo? —preguntó Daniela, desconcertada.

—Mira, Daniela, es mejor no presentar ninguna denuncia, es peligroso —concluyó Álex.

—Pero ¿cómo que peligroso? ¿Qué estás diciendo? Pero ¿¡tú te has escuchado!?! —protestó Daniela enérgicamente.

Álex avanzó hasta donde estaba ella, la cogió con delicadeza por un brazo y, sorteando los obstáculos del suelo, la condujo hasta el sofá, donde la sentó, y tras colocarse a su lado le explicó:

—Escúchame, Daniela, tú misma me has dicho que ese tipo ha venido varias veces. Eso no solo quiere decir que sabe dónde vives, sino que sabe que vives sola. Si lo denuncias y la policía va a por él y a por sus compinches, ¿te imaginas lo que podrían hacerte si los dejan sueltos?

—Pero ¿por qué iban a quedar libres? Si los pillan, los meten presos y ya —refutó ella.

—Vamos a ver, Daniela —dijo él, resoplando con impaciencia—. Piensa lo que estás diciendo: la policía no tendría suficientes pruebas, tú misma has

dicho que llevaban guantes. Eso quiere decir que aquí no hallarán ni una sola huella. Y al otro, al de la moto, ¿de qué lo van a acusar? ¿De pararse en un portal a mirar?

Ella se levantó con la cara desencajada y caminó por medio del caos, sin reparar en lo que estaba pisando. Miró a su alrededor y finalmente se dirigió a su novio.

—Álex, se lo han llevado todo: mi portátil, las joyas que me dejó la abuela, mi televisor, el microondas, hasta mis ahorros de la cajita de madera. — Rompió a llorar y dijo entre lágrimas—: Si no los denuncio, no podré recuperar nada.

Álex se quería morir. Si algo lo desarmaba era ver llorar a una mujer, y encima, en este caso, él sabía que posiblemente fuese el causante principal de aquella terrible situación. Desesperado por poner remedio a la situación, se levantó de inmediato y fue a darle consuelo.

—Mira, bella, lamentablemente esas cosas ya no podrás recuperarlas — explicó con dulzura antes de proseguir—. Sé que lo que más te duele son las joyas de tu abuelita, pero lamentablemente a estas alturas ya estarán vendidas.

—No lo entiendes, Álex. Se llevaron también mi portátil, es mi herramienta de trabajo. Justo ayer había sacado parte de mis ahorros del banco para pagar la reparación del coche, encima han roto la puerta, todo esto me costará un dineral que no tengo —le dijo, llevándose las manos a la cara y llorando con más ímpetu—. ¿No lo ves?

—No te preocupes por el dinero, yo te lo daré.

Ella se zafó con un gesto brusco de sus brazos y le gritó con frustración:

—Y ¿cómo demonios piensas que voy a poder devolvértelo!?

—Pero ¿¡acaso te has vuelto loca!?! —preguntó él, molesto—. ¿De dónde demonios sacas que espero que me lo devuelvas?

Ella rompió a llorar desconsoladamente y él corrió a consolarla nuevamente.

—Escúchame, vamos a hacer lo siguiente —le propuso mientras la abrazaba—. Aceptarás mi dinero, no solo para solventar los problemas económicos que esto ha acarreado. Quiero que te mudes a otro piso, este ya no es seguro.

—Pero... ¿Cómo? —inquirió Daniela.

—Primero te irás a un hotel —continuó explicando—, mientras buscas con calma un lugar que te guste. Contrataremos una empresa de mudanza y, cuando hayas encontrado un nuevo piso, ordenaremos que te lo lleven todo. No quiero que vuelvas a quedarte sola aquí.

—Pero ¿por qué? ¿Acaso piensas que pueden volver?

Álex no se esperaba aquella pregunta. Si era un simple robo y ella no denunciaba, ¿por qué querrían los ladrones arriesgarse a volver? Se supone que solo volverían en caso de querer vengarse. Tuvo que pensar rápido para salir del atolladero.

—No, claro que no. Si no denunciarnos, no creo que tengan motivos para volver —argumentó él—. Pero me preocupa que sepan que vives sola, y con este tipo de gente nunca se sabe.

Aquella misma noche, Daniela se hospedaba en uno de los hoteles más costosos de la ciudad, y Álex, movido por el cargo de conciencia, se había quedado a su lado, con la excusa de cuidarla.

Al día siguiente él hizo un par de llamadas antes de salir para su despacho, pero antes le hizo prometer a Daniela que no iría a la redacción. Él, por su parte, prometió volver al mediodía para comer juntos. Unas horas más tarde, cuando Álex volvió, llevaba un abultado sobre en el bolsillo interior de su chaqueta, el cual entregó a Daniela en mano. Ella lo recibió dudosa y, al revisarlo, abrió los ojos como platos.

—¡Álex! ¡Aquí hay muchísimo dinero! —exclamó asombrada.

—Bueno, ese es tu parecer —contestó él sonriendo. Acto seguido, rebuscó en el otro bolsillo de su chaqueta y extrajo una pequeña caja—. Sé que jamás

tendrán el mismo valor para ti que los que te había regalado tu abuela, pero espero que te gusten.

Daniela lo miró confundida mientras él le entregaba la caja.

—Vamos, ábrela, es para ti —pidió Álex.

Un hermoso conjunto de pulsera y pendientes de perlas engastadas en oro blanco con delicados diamantes intercalados dejaron boquiabierta a Daniela. La pieza era realmente sublime.

—Pero, Álex, no era necesario —alcanzó a decir, antes de que los ojos se le inundasen de lágrimas.

—Lo que no es necesario es que llores. —Acarició suavemente su mejilla sana, después la besó en los labios y dijo—: Me tengo que ir a trabajar, te llamaré más tarde. Esta noche no podré venir, he quedado con mis padres para cenar, los tengo un poco abandonados.

—No te preocupes, estaré bien —aseguró Daniela.

—Deberías salir. ¿Por qué no llamas a alguna amiga? —le sugirió él.

—Bueno, es que no me apetece salir por ahí con la cara así —explicó ella—. Si al menos estuviese Cris, podríamos quedar en su casa, pero tardará unos cuantos días en volver.

—Es cierto, casi lo olvidada. ¿Cuándo vuelve?

—En dos semanas, creo.

—Vaya, pobre, el padre de Cris. Ya me la imagino tirando la casa por la ventana —sonrió Álex subiendo las cejas—. Bueno, me tengo que ir, te llamaré esta noche.

—De acuerdo.

Cris estaba en Nueva York, comprando su vestido de novia y todo el ajuar para su boda. Como hija única de una de las familias más ricas de la ciudad, se lo podía permitir. Daniela se alegraba mucho por Cris, pero, por otra parte, no dejaba de sentirse triste al saber que ella nunca viviría una experiencia

igual. Cris apenas llevaba tres años con su novio y en poco tiempo iban a casarse. Él, a pesar de no pertenecer a una familia tan poderosa como la de ella, se había ganado el cariño y el respeto de sus padres. Ellos lo apreciaban, porque había demostrado ser un persona honesta y trabajadora, y, sobre todo, porque se le veía que estaba realmente enamorado de Cris. Sin embargo, Daniela, después de siete años al lado de Álex, con lo único que se había encontrado era con decepción y engaño, y, evidentemente, a estas alturas ya tenía más que asumido que nunca habría boda. «Qué triste es mirar la felicidad a través de ojos ajenos», pensó.

Después de que Álex se marchase, ella se cambió rápidamente de ropa y bajó a recepción. Allí pidió un ordenador con acceso a internet, se instaló frente a la pantalla y alquiló un vehículo. Una vez que hubo terminado, salió del hotel siguiendo las instrucciones de la recepcionista y caminó hasta encontrar una tienda de artículos para coches que se encontraba a varias calles de distancia. Compró un parasol de cartón y volvió sobre sus pasos hasta llegar al hotel, donde pidió un taxi. Tras esperar unos minutos, la amable joven de recepción le avisó de que el taxista ya estaba esperándola.

Comprobó la hora y vio que estaba dentro del tiempo que había estimado. pagó al taxista y entró en la tienda para retirar el vehículo que había alquilado. Tras presentar su identificación y hacer todas las comprobaciones en el coche junto con el empleado, salió de allí conduciendo un Seat Ibiza de color negro. En cuanto pudo, se detuvo y buscó en su bloc la dirección de Carla Fernández. Aunque se la supiera de memoria, quería asegurarse. Una vez que la hubo comprobado, fue a la aplicación GPS de su teléfono móvil, introdujo la dirección y se puso en marcha.

La casa pertenecía a una urbanización que se encontraba realmente cerca de su apartamento, tal como le había explicado Manuel Font. Posiblemente se hallaba a cinco minutos en coche y a unos quince caminando. Daniela, que ya

se había ocultado bajo su gorra y sus gafas de sol, pasó por delante de la casa sin aminorar demasiado la marcha para no levantar sospechas. Un espléndido pastor alemán que dormitaba junto a la puerta principal levantó la cabeza con curiosidad al verla pasar, pero pronto volvió a su posición original, al comprobar que no representaba ninguna amenaza. Condujo hasta el final de la calle y aparcó detrás de otro vehículo, con la esperanza de quedar más resguardada. Alcanzó el parasol que descansaba en el asiento trasero y lo desplegó para cubrir el parabrisas por la parte interior, luego rebuscó en su bolso y sacó una pequeña lima metálica que guardaba en un bolsillo y agujereó el cartón barato del parasol, dejando una pequeña abertura a la altura de sus ojos. Aquel orificio no se apreciaría desde lejos, pero desde allí ella podía contemplar la casa perfectamente. Comprobó la hora, faltaban veinte minutos para las seis de la tarde. Ajustó el asiento y esperó.

Cerca de las seis y diez, un Peugeot 308 de color gris apareció al principio de la calle y redujo la marcha hasta enfilarse hacia el portón del garaje de la casa que Daniela vigilaba. Ella se puso alerta y entornó la mirada a través del pequeño agujero que tenía enfrente, para no perder detalle. Enseguida reconoció a Carla Fernández, que se bajaba del coche y se dirigía al portón para abrirlo. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando, unos segundos después, vio aparecer el Toyota Land Cruiser 4x4 rojo rubí de Álex. Era obvio que venían juntos de algún otro lugar. Él aparcó en la puerta y se bajó de su furgoneta, mientras ella abría el portón del garaje. El pastor alemán aprovechó el momento para salir a husmear por la acera y, en cuanto vio a Álex, corrió a su encuentro meneando efusivamente la cola.

—Mira que serás malnacido —masculló Daniela entre dientes.

Después de aparcar, la tal Carla salió para encontrarse con Álex, se situó justo a su lado, y ambos llamaron al perro, el cual hizo caso omiso, mientras levantaba la pata para marcar territorio en un árbol cercano. Daniela sintió

que el corazón le daba un vuelco al ver como Álex abrazaba a su rival y se reía de ella ante la poca autoridad que tenía sobre su mascota. Realmente se había quedado en estado de *shock*. Apenas unas horas atrás le había regalado una joya maravillosa y la había tratado con toda la dulzura del mundo, haciéndole creer que era la mujer más importante de su vida, y ahora lo tenía ante sus ojos abrazando y besando a otra mujer como si nada. Cuando el perro finalmente obedeció, cerraron el portón del garaje y entraron en la casa. Daniela se derrumbó y volvió a llorar una vez más. Sabía que Álex la engañaba, pero verlo con sus propios ojos había sido más doloroso de lo que hubiese imaginado. Después de veinte minutos, logró reponerse, arrancó el coche y se dirigió al hotel.

A las once y media de la noche la llamó al móvil.

—Hola, bella. ¿Cómo estás?

Daniela tuvo que cerrar los ojos y respirar con profundidad para controlarse.

—Hola, cariño, ya en la cama. ¿Qué tal la cena con tus padres? —preguntó ella.

—Muy bien. Les he contado muy por encima lo que te ha sucedido, no quise dar detalles para no preocuparlos, ya sabes.

—Claro, claro —convino ella.

—Te envían su cariño —dijo Álex.

—Diles que se lo agradezco mucho, en cuanto esté totalmente recuperada me pasaré a verlos.

—Estarán encantados. Bueno, amor, me voy a descansar, estoy muerto. Mañana hablamos.

—Que pases buenas noches, cariño —dijo Daniela y colgó el teléfono.

Cuando pensaba que su capacidad de asombro no podía ser superada, Álex lograba ir un paso más allá y la dejaba desarmada. Tras finalizar la conversación, se había quedado realmente perturbada por la facilidad con la

cual él había inventado una mentira tras otra con la más absoluta naturalidad. Un desagradable escalofrió le recorrió el cuerpo al darse cuenta del tipo de persona con la que había compartido siete años de su vida, estaba horrorizada. Por algunos momentos había llegado a creer que todas las atenciones que Álex le había dedicado después del robo eran sinceras, pero con crudeza entendió que no era así. Él simplemente actuaba en su propio beneficio. Lamentó haberle dedicado tantos años de su vida, durante los cuales solo había tenido ojos y tiempo para él. Todo había girado en torno a Álex, siempre le había dado prioridad por encima de su profesión y de sus inquietudes, ni siquiera había cosechado amistades, salvo la de Cris, claro, que para colmo de males era más amiga de Álex que suya.

Al recordar a Cris agradeció realmente que estuviese en Nueva York, porque le hubiese resultado bastante difícil ocultar sus sentimientos ante ella. Si algo le sobraba a Cris era perspicacia, era astuta y, por mucho que Daniela intentase tapar lo que había descubierto, Cris habría intuido que algo no iba bien y posiblemente habría ido corriendo a contárselo a su amigo Álex para ponerlo en alerta, cuestión que no beneficiaría en nada sus planes. Lo que menos necesitaba ahora era que Álex sospechase que ella estaba enterada de todo. Necesitaba tiempo para ganar la partida; el más mínimo desliz haría que él corriese a los brazos de Carla sin dudarle, y eso no se lo podía permitir. Por tanto, el teatro continuaría, ella seguiría metida en su papel de víctima y tonta. «Menuda combinación», pensó.

Era viernes por la noche, y el fin de semana se presentaba interesante.

EN LLAMAS

Álex pasó el sábado por la noche con ella, la invitó a cenar en el mismo restaurante del hotel donde ella se hospedaba. A pesar de llevar varios días en el mismo recinto, Daniela no propuso ir a otro lugar, puesto que el moratón de la cara la hacía sentirse incómoda; además, le dolía bastante la cabeza. Cuando subieron a la habitación, Álex se acercó a ella y comenzó a darle sugerentes caricias en busca de sexo, mientras ella estaba ante el espejo quitándose la ropa. Entonces, Daniela le propuso con voz melosa que la esperase en la cama, salió de la habitación y le preparó una bebida. Al volver del baño, él estaba dormido. El domingo, cuando Álex se despertó, le dijo que no contase con él para el desayuno ni tampoco para comer; aseguró que tenía que pasar por casa de sus padres y que se verían por la tarde para ir al cine. Daniela sabía perfectamente a dónde iba a ir, pero decidió no seguirlo. Se puso su bañador y se fue a la piscina. Sin embargo, una hora más tarde Álex volvió a aparecer. Después de siete años juntos, ella lo conocía bastante bien y detectó que algo le había ocurrido.

—¡Álex! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que venga a verte? —contestó de mala gana.

—En absoluto, pero entendí que pasarías el día con tus padres —replicó Daniela.

—Pues he cambiado de idea, y no quiero hablar del asunto —determinó Álex, para zanzar el tema.

—Perfecto, como quieras —dijo Daniela. Se bajó las gafas de sol, se recostó en la tumbona y continuó leyendo.

El lunes por la mañana el semblante de Daniela había cambiado por completo, y tanto su aspecto como su actitud eran totalmente distintos a los de la última vez que había estado en la redacción. Había perdido algo de peso, cuestión que, por cierto, le complacía bastante, pero se veía más repuesta. Se dirigió a la oficina del Sr. Forni y golpeó con los nudillos suavemente la puerta.

—Adelante —solicitó la ronca voz de su jefe.

—Buenos días, Sr. Forni, ya estoy de vuelta —anunció Daniela con una sonrisa.

—¡Santo Dios, muchacha! Pero ¿tú has ido a descansar o la guerra!? —profirió sorprendido al verle la cara—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada, que cuando vienen mal dadas, no queda otra que capear el temporal —respondió Daniela, encogiéndose de hombros—. El otro día entraron en mi casa a robar y yo llegué en mal momento.

—¡No me digas! —exclamó—. Supongo que has presentado una denuncia.

—Por supuesto, la policía ya está en ello —mintió Daniela.

—Pero ¿te encuentras bien para trabajar? —quiso saber Forni.

—Al cien por cien —contestó ella con una amplia sonrisa.

El trabajo de Daniela le permitía salir con frecuencia de la oficina, y ella aprovechó al máximo aquellos privilegios para continuar con sus investigaciones. Tenía la certeza de que Álex volvería a la casa de Carla, y quería llegar a averiguar cuál era su rutina. Lo conocía, sabía que era un

animal de costumbres, eso a él le otorgaba seguridad, ya que con tantos frentes abiertos seguramente tendría que tener muy bien organizada su agenda. No se equivocó. Lo siguió durante unos días y todo quedó claro: por las mañanas, antes del trabajo, pasaba por la universidad para verse con Carla y desayunar juntos; a mediodía, por lo general, visitaba a María, su otra amante, aunque no lo hacía siempre; algunas tardes volvía a verse con Carla. Ella supuso que, los días que no iba a verla, estaría en el prostíbulo de las afueras de la ciudad, tal como le había explicado Manuel Font. Y, por supuesto, las noches, aunque no todas, las reservaba para ella, al igual que los fines de semana.

Aparte del sexo y las mujeres, Álex tenía otra gran debilidad: los vehículos. Su última adquisición había sido un deportivo, del cual se había enamorado tras ver un anuncio en una revista especializada. Era un Porsche 718 Cayman de color amarillo. «Como para pasar desapercibido», había pensado Daniela al ver el coche por primera vez. Álex estaba encantado con su nuevo juguete y se pavoneaba ufano por toda la ciudad, a sabiendas de que lograba girar todas las cabezas por donde quiera que pasase.

Después de varios días sin comprobar sus pasos, Daniela había decidido seguir a Álex nuevamente. Quería confirmar si continuaba con su rutina de visitas vespertinas a casa de Carla. Sin duda, era ella la que representaba el mayor peligro para su relación, y al enemigo es mejor tenerlo cerca. Daniela también había ido hasta la hamburguesería de María y allí verificó lo que ya presentía: Álex nunca formalizaría una relación con aquel tipo de mujer, y por lo visto ella tampoco lo pretendía. Por el contrario, Carla representaba un verdadero peligro, y la tenía que controlar muy de cerca. Lo había preparado todo con antelación: se había ocupado de alquilar otro coche, había cuadrado su agenda para salir media hora antes del trabajo y para las seis de la tarde ya estaba oculta detrás del parasol de cartón agujereado, pero esta vez dentro de un Fiat 500 de color blanco situado al final de la calle.

Álex llegó en su flamante coche amarillo, tocó la bocina antes de bajarse y, a los pocos minutos, Carla salió a recibirlo. Daniela entornó como de costumbre la mirada a través del pequeño orificio, tal como solía hacer cada vez que se daba el encuentro entre ambos. Le dolió verlos besarse y tuvo que apretar los puños alrededor del volante para controlar la rabia. El perro, acostumbrado a las continuas visitas, saludó al recién llegado meneando la cola con alegría. Tras recibir los arrumacos esperados, lo hicieron entrar, cerraron la reja de la entrada y se metieron en la casa. Daniela apoyó la frente en el volante, resignada y agotada. La relación entre Carla y Álex se consolidaba contra todo pronóstico, y ella perdería la batalla sin remedio. Tras unos minutos de reflexión, exhaló un profundo suspiro y después llevó la mano hasta la llave del coche, con la intención de arrancar el motor, dispuesta a marcharse de allí. De pronto el ruido de una moto la distrajo.

Miró a través de la ranura y, para su sorpresa, descubrió a un motorista que se acercaba aminorando cada vez más la marcha. Su vestimenta era totalmente negra, al igual que su moto, y solo un llamativo casco con un curioso dibujo de llamas a los lados destacaba en medio de la oscura combinación. El individuo pasó despacio al lado del coche de Álex haciendo rugir su moto, miró el deportivo con detenimiento y después siguió de largo. Fue entonces cuando Daniela vio como se aproximaba al final de la calle, en dirección hacia ella. Se quedó paralizada por el miedo, aferrada al volante y esperando que aquel sujeto se le acercase en cualquier momento para golpear el cristal de la ventanilla. Pero no lo hizo. Él continuó conduciendo, y ella pudo ver por el retrovisor del Fiat 500 cómo daba media vuelta y volvía a encarar la moto hacia la casa de Carla. Pasó muy cerca de su ventanilla y, ya de espaldas a ella, dejó ver la macabra calavera pintada en la parte trasera del casco. Los ojos encendidos en llamas la fulminaron a través del pequeño ojal, como únicos testigos de su presencia en el lugar.

Bajo la atenta mirada de Daniela, el individuo se detuvo al lado del coche de Álex y, sin apagar la moto, se bajó de ella. El pastor alemán, al percatarse de su presencia, se acercó a la reja y comenzó a ladrar amenazante, pero él hizo caso omiso. Se quitó una mochila que llevaba a las espaldas, la puso en el suelo y, tras abrir la cremallera, extrajo un robusto mazo de hierro. Daniela, al verlo, abrió los ojos atónita. «¿Qué demonios está haciendo?», se preguntó, pero no tardó mucho en averiguarlo.

El primer impacto lo descargó con todas sus fuerzas sobre la ventanilla del conductor, el cristal estalló en pedazos provocando que la alarma del coche se disparase de inmediato, mientras el perro ladraba de manera desquiciada. Luego, caminó con calma y se colocó delante del parabrisas, calculando la mejor posición antes de preparar un nuevo ataque. «Lo va a hacer, lo va a hacer de nuevo», se dijo Daniela, tapándose la boca debido a la impresión del momento. Entonces el motorista levantó el mazo apuntando hacia el cielo y después lo dejó caer sobre el parabrisas del Porsche con total contundencia. El choque fue tan brutal que la herramienta casi se cuela al interior del vehículo por el mismo boquete que acababa de provocar, haciendo que el sujeto tuviera que tirar de ella para rescatarla. De ahí en adelante, el misterioso motorista se dejó llevar por el frenesí del momento y, acompasado por los ladridos del perro y los pitidos de la alarma, se encargó de destrozar todo a su paso: retrovisores, lunas traseras y delanteras, todas las ventanillas y parte de la carrocería del flamante deportivo.

Daniela estaba pasmada ante el espectáculo, pero al mismo tiempo no podía entender dónde estaba Álex. No comprendía por qué, a esas alturas, todavía no había salido para ver lo que estaba sucediendo, ya que el escándalo era considerable. Sencillamente era imposible que no se hubiese enterado. De hecho, muchos vecinos ya se habían asomado a las ventanas de sus casas y otros hasta habían salido a la calle para saber de qué iba el alboroto. El sujeto

se retiró un par de metros para comprobar el resultado de su trabajo y, tras un par de impactos más a modo de remate, consideró que había terminado, se dirigió a la mochila, metió el mazo en su interior y se la colocó de nuevo en la espalda. Justo en ese instante, Álex salió a medio vestir y descalzo por la puerta principal. El tipo se subió a la moto gastando flema y con bastante calma, y, al ver a Álex, lo apuntó con el dedo. Todo parecía indicar que le estaba dedicando unas palabras, pero Daniela no pudo oírlas. Luego se acomodó frente al manillar, aceleró la moto y desapareció en medio de un ruido espantoso que dejaba patente la potencia de su vehículo.

Carla apareció detrás de Álex anudándose una bata y también descalza.

—Vaya, ahora entiendo por qué no salías. Por lo visto te han fastidiado el polvo —comentó Daniela a solas dentro del Fiat.

Desde su escondite, Daniela se regocijó viendo como Álex se llevaba las manos a la cabeza ante el estropicio, lamentándose amargamente. Era obvio que Carla también estaba bastante conmocionada y, por los gestos que hacía, Daniela dedujo que le estaba haciendo demasiadas preguntas a Álex. «No sigas, querida, va a estallar», pensó con malicia. Álex no aguantó la presión y explotó, gesticulando con vehemencia ante el interrogatorio, y entró en la casa dando grandes zancadas. Carla lo siguió cerrando la reja de un portazo, ante la curiosidad de todos los vecinos. Aquel era el momento de irse, arrancó el motor y se alejó del lugar inmediatamente.

Aquella noche Álex no apareció. Ella marcó su número por el puro morbo de escucharle la voz. Quería saber qué tan destrozado estaba, pero saltó el buzón de voz. No le dio demasiada importancia; el mero hecho de que no contestase le certificaba que estaba realmente afectado. Se tumbó en la cama y se rio a placer, recordando cómo aquel sujeto había arremetido como un poseso contra el carísimo deportivo, y hasta sintió envidia de no haber podido compartir la fiesta con él.

El característico sonido del tono del WhatsApp llamó su atención. Se giró por encima del colchón sobre su espalda y alcanzó el móvil, que descansaba sobre la mesita.

Mensaje de Jon: «¿Nos veremos mañana?».

Respuesta de Daniela: «Por supuesto».

Él le respondió enviando el emoticono de la carita que guiña uno de los ojos, y al lado colocó otro, el de la carita que sonríe con las mejillas sonrosadas. Ella respondió enviándole exactamente los mismos que él había usado.

Se levantó muy temprano y se plantó con el Fiat 500 en la entrada del aparcamiento de la Facultad de Derecho, a la espera de ver entrar a Carla Fernández. Al cabo de media hora, el Peugeot 308 gris de la joven pasaba por la barrera de entrada. Daniela la siguió, manteniendo una distancia prudencial, y cuando Carla aparcó, ella lo hizo también y esperó para ver qué pasaba. Pudo comprobar que Carla no se bajaba del coche. Esperó más de diez minutos sentada frente al volante, girando la cabeza cada vez que escuchaba el ruido de un motor. Era evidente que estaba impaciente. Pasados los quince minutos de espera, la joven estudiante se removió inquieta dentro del coche, tras comprobar la hora varias veces en un breve espacio de tiempo. Llegado el momento, Daniela observó que estaba bastante molesta y vio que se decidía a llamar por teléfono, pero, tras esperar unos segundos con el aparato al oído, colgó frustrada. Optó entonces por enviar un mensaje de texto, del cual esperó obtener respuesta, y al no obtener éxito, se bajó furiosa del coche propinando un portazo.

Daniela la vio alejarse entre los vehículos con paso decidido. No fue difícil deducir que Álex la había dejado plantada, no la había avisado y, para colmo, cuando ella intentó contactar con él, se encontró con que tenía el móvil apagado.

Poco había tardado Álex en volver a comportarse como lo venía haciendo antes del robo en el apartamento. Ya había transcurrido una semana desde lo

sucedido con su coche, y él apenas había aparecido. Los días entre semana ya casi no pasaba por el hotel a visitarla, y solo habían compartido unas horas el sábado por la noche.

Aquel era un domingo resplandeciente y el día estaba espectacular para pasarlo al aire libre, así que Daniela se puso el bikini, cogió su libro y se dirigió a la piscina. Tan pronto como llegó, se dio cuenta de que no había casi nadie. Eran las fiestas patronales de la ciudad, y mucha gente se había desplazado hasta la plaza del Ayuntamiento para disfrutar del mercadillo local y los distintos eventos que el consistorio había preparado. Divisó que la tumbona de su preferencia estaba vacía y fue a por ella. Al pasar caminando por el borde de la piscina, se percató de que un hombre al otro lado del agua la estaba observando durante todo su trayecto. Él se incorporó y no se preocupó por disimular el interés que había puesto en ella. Daniela siempre había sido consciente de que llamaba la atención de los hombres, sabía que era una mujer atractiva y que su cuerpo no pasaba desapercibido, pero no le gustaba que la mirasen de aquella manera; aquel individuo parecía devorarla con la mirada, era alto y rubio, posiblemente rondaba los cuarenta, y estaba claro que se cuidaba. Decidió obviarlo y continuó su camino.

Tan solo llevaba un par de minutos instalada, cuando el sujeto se levantó, bordeó la piscina y fue a su encuentro. Daniela ya sabía lo que iba a suceder, así que, en cuanto él se sentó a su lado e intentó entablar una conversación, lo cortó; él no se dio por aludido e insistió. Entonces ella, sin darle tregua, se levantó y abandonó la piscina dejándolo frustrado mientras la veía alejarse, sin poder apartar los ojos de su trasero. Entró de nuevo al salón que daba a la piscina protestando por la actitud del sujeto, se detuvo y aguardó a que sus ojos se adaptasen al cambio de luz y, tras unos instantes de espera, se encontró a Álex de frente.

—¡Hola! —lo saludó, visiblemente sorprendida.

Álex se abalanzó sobre ella y se aferró con fuerza a su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó Daniela, desconcertada.

—¿Qué le pasa al tipo ese? —preguntó Álex, obviando su pregunta.

Ella se giró para ver al individuo de la piscina y le dijo:

—Que es un idiota, el muy imbécil pretendía seducirme Lo que me faltaba — dijo.

—Tú me quieres, ¿verdad? Tú nunca me cambiarías por nadie, ¿no? —quiso saber él, sin dejar de abrazarla.

Daniela arqueó las cejas con recelo y dijo:

—Claro que te quiero, tú ya lo sabes.

—Pero nunca me engañarías, ¿verdad? —insistió él.

Daniela no daba crédito a lo que acaba de escuchar. Quiso darle un empujón y gritarle todo lo que se guardaba dentro, todo cuanto sabía. Era el colmo que se atreviese a formular aquella pregunta, cuando sabía que había sido él quien la había engañado; siempre lo había hecho, desde el principio de la relación, y nunca había dejado de hacerlo; y ahora se plantaba allí, preocupado de que ella no le hiciese lo mismo. Ella lo apretó con fuerza por la rabia que sentía, mientras encontraba valor para controlarse. Álex interpretó la presión del abrazo como un signo positivo y se aferró todavía más a ella.

—No, porque me parece deshonesto —explicó Daniela—. El día que dejase de quererte, te lo diría y después me iría.

—Prométeme que nunca vas a dejar de quererme, ¡por favor! Prométemelo — pidió Álex, casi a punto de llorar.

—Álex, cariño, creo que estamos llamando la atención de la gente —aseguró Daniela.

Él se apartó y comprobó sorprendido que, sin controlar su tono de voz, había llamado la atención de un par de parejas de ancianos, probablemente ingleses o alemanes, que los miraban intrigados a la espera del desenlace, a pesar de

no entender ni una sola palabra de lo que estaban diciendo.

—Anda, vamos a la habitación —propuso ella.

Daniela conocía demasiado bien a Álex y sabía que no debía presionarlo con preguntas. De hacerlo, él se pondría nervioso y optaría por marcharse; cualquier cosa menos enfrentarse a mantener una conversación adulta y sería que tratase los problemas que tenían como pareja, y ni que decir de tocar el tema de lo que acaba de suceder. Ella sabía que él se había dejado llevar por un arrebató de debilidad y que por eso se había expresado tan abiertamente, pero tras recuperar la calma se cerraría en banda y no permitiría que ella lo interrogase acerca de su reacción y los motivos que la habían provocado.

Después de entrar en la habitación, Daniela fue al lavabo para cambiarse. Álex apareció detrás de ella y, sin decir nada, se le pegó a la espalda y le deslizó una mano por la cintura. Ella lo miró a través del espejo y detectó como el deseo ardía en su mirada. Sus ojos de color almendra la miraron fijamente mientras le recorría la piel en busca de un seno; lo halló y lo estrujó suavemente antes de introducir la mano por dentro de la tela y hacerse por completo con él para magrearlo. Entonces se inclinó para besarla en el cuello y, con su otra mano, buscó el triángulo entre sus piernas. Daniela se estremeció al sentirlo, se sintió débil, el deseo se había apoderado de ella y la arrastraba con una fuerza brutal. Álex era un amante excelente. Ella se giró entre sus brazos, lo besó y le propuso:

—Espérame en la cama. Prepararé un par de bebidas y te alcanzo enseguida.

El accedió, se dio la vuelta convencido y fue hasta la cama donde comenzó a desvestirse. Ella se dirigió al minibar y preparó un par de *whiskies* con hielo; se acercó a Álex, le tendió un vaso y, cuando él lo recibió, le dio un toquecito con el suyo para hacer un brindis.

—Por nosotros —le guiñó un ojo, y dijo—: Vuelvo en un segundo, me voy a poner algo especial para ti.

Él sonrió complacido, imaginando lo que ella se había comprado especialmente para lucirle. Le dio un buen trago a la bebida y dijo:

—Vale, pero no tardes, me muero de ganas.

A los diez minutos ella salió del lavabo y comprobó que Álex se había quedado completamente dormido. Retiró el vaso de la mesita de noche y vació el contenido por el lavamanos, mientras sonreía con malicia frente al espejo.

Aquella era la mejor oportunidad que se le iba presentar. Ahora que Álex estaba dormido, tenía que aprovechar el momento. Se vistió y se calzó en un santiamén, caminó sigilosamente para no hacer ruido y se agachó para alcanzar el pantalón de Álex, que estaba tirado en el suelo. Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave del Land Cruiser. Se incorporó, fue hasta la mesita de noche, cogió la tarjeta de la habitación y su móvil, y se dirigió a la puerta, que abrió con sumo cuidado. Él dio un respingo, y Daniela se quedó paralizada, con la mano puesta en el pomo, suplicando que no abriese los ojos. Tras un par de segundos, abrazó la almohada y continuó durmiendo.

Escogió usar las escaleras para no arriesgarse a que la vieran desde recepción usando el ascensor. Bajó los escalones de dos en dos y empujó la puerta de acceso al aparcamiento con fuerza. Recorrió el recinto con la mirada y enseguida halló el vehículo 4x4 aparcado al fondo a la izquierda. Corrió hacia él, pulsó la tecla de apertura y entró. El delicioso aroma a panecillos recién horneados que inundaba el interior de la furgoneta la sorprendió, así que se puso a buscar de dónde provenía. Justo detrás del asiento del conductor halló una bolsa de papel con el emblema de una de las mejores cafeterías de la ciudad, que todavía conservaba calientes en su interior un succulento surtido de panecillos dulces y magdalenas.

Daniela enseguida entendió lo que había sucedido. Probablemente Álex había comprado el desayuno para compartirlo con Carla, pero algo había truncado sus planes y, por lo visto, aquella no era la primera vez que le había ocurrido. Recordó aquel otro

domingo en el que él le había dicho que se marchaba a casa de sus padres y, sin embargo, al poco rato había vuelto de muy mal humor. Dejó la bolsa y siguió rebuscando: abrió la guantera y empezó a revisar todo lo que había en su interior. De pronto, la puerta del aparcamiento se abrió, y Daniela se quedó petrificada. Levantó la cabeza lentamente y, para su alivio, pudo comprobar que se trataba de un joven del personal de la limpieza, que ni siquiera había reparado en su presencia.

Las manos le temblaban y el corazón le iba a mil, pero no abandonó su cometido: se centró y continuó revisando el interior de la guantera, levantando de vez en cuando la cabeza para ojear a su alrededor y asegurarse de estar sola. Pero, de pronto, un nuevo sonido la sobresaltó. Esta vez provenía del interior del coche, y era el móvil de Álex. Miró a los lados, dentro de la guantera y hasta en el suelo, por si estaba caído, pero no lo encontró. Entonces se quedó quieta y se dejó guiar por sus sentidos, enfocando la búsqueda en el origen de la melodía. Lo encontró en el compartimiento de la puerta del conductor y se lanzó a por él. Lo sostuvo con sumo cuidado para no descolgarlo al rozar la pantalla y vio de quién era la llamada entrante: KF abogado. Era increíble. Después de llevar meses saliendo con aquella chica, todavía la tenía registrada en su agenda con un nombre que ocultase su verdadera identidad. Le fue inevitable recordar cómo habían sido sus inicios con Álex, cuando él tenía novia y ella era su segunda opción. Seguro que en aquel entonces también había ocultado su nombre por si el teléfono caía en las manos equivocadas. «DR prensa», pensó.

Depositó el teléfono móvil de nuevo en el mismo lugar y volvió a la búsqueda en la guantera. Encontró de todo: preservativos, entradas de cine, tarjetas de varios moteles y un sobre de color azul que ponía «ALEX», el cual contenía dinero en efectivo, no poco. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue una pequeña bolsa de cartón negra con un logo dorado, idéntico al de la caja en la

que Álex le había regalado el conjunto de pulsera y pendientes. Era el diseño de una importante joyería. La abrió y encontró una factura, la analizó y vio que la fecha correspondía a un día antes de que él le diese el regalo. Descubrió que había comprado más cosas, en concreto un reloj de mujer bastante caro y otro conjunto de pulsera y pendientes, todo pagado en efectivo.

Después de organizar todo dentro de la guantera en el mismo orden en que lo había retirado, la cerró, revisó el interior del coche una vez más y se fue. Volvió por las escaleras, subiéndolas del mismo modo que las había bajado, atajando los escalones de dos en dos. De repente, en su móvil sonó un aviso de WhatsApp.

Mensaje de Jon: «Necesito verte ya».

Respuesta de Daniela: «Imposible, ahora no puedo».

Respuesta de Jon: «Es importante, necesito verte».

Daniela lamentó su suerte mientras escribía la nueva respuesta a toda prisa en la pantalla táctil de su móvil. Finalmente accedió y lo convocó en la puerta del hotel. Él apareció en menos de diez minutos. Mantuvieron una intensa conversación en la esquina de la calle, lejos de las puertas de entrada al hotel y de las miradas indiscretas de su interior. Transcurridos varios minutos, decidieron que el tiempo se agotaba y acordaron un nuevo encuentro para el día siguiente, se despidieron, y Daniela regresó de inmediato al hotel. Subió nuevamente a toda prisa las escaleras y recorrió presurosa el pasillo que daba a la habitación, suplicando que Álex no se hubiese despertado. Ya habían transcurrido casi dos horas desde que lo había dejado dormido, y todo era posible. Abrió la puerta con sumo cuidado para no hacer ruido y entró. El corazón le dio un vuelco al ver que la cama estaba vacía. Avanzó preocupada, rodeando el colchón, y comprobó que su ropa todavía permanecía en el mismo lugar.

—¿Álex? —lo llamó. La puerta del lavabo se abrió.

—¿Dónde estabas? —preguntó él, todavía medio dormido.

—Tenía que enviar un par de correos electrónicos y bajé para usar los ordenadores —respondió, mientras apretaba dentro del puño la llave del Land Cruiser para que él no la viese—. Lo siento, aproveché que te habías quedado dormido.

—Ya, no sé qué me pasó —contestó él, confundido, frotándose la cabeza—. Voy a darme una ducha para ver si me despejo.

—Claro, verás que te sentará bien —lo animó ella—. Yo creo que estás muy cansado y por eso te has dormido. Puede que el trabajo te tenga muy estresado últimamente, no es la primera vez que te pasa.

—Sí, tienes razón. Últimamente me quedo dormido sin más —concluyó extrañado—. Voy a ducharme, enseguida salgo.

—Tranquilo, no hay prisa.

En cuanto escuchó el agua de la ducha cayendo, con las manos todavía temblorosas metió las llaves de nuevo en el bolsillo del pantalón de Álex. Luego se derrumbó en la cama, hundió la cabeza en la almohada y lloró.

El lunes, sentada en la cafetería mientras esperaba a Matty para compartir su habitual café, se percató de que el tiempo había pasado volando. Ya habían transcurrido tres semanas desde que se había reunido con Manuel Font y se había enterado de la doble vida de Álex. Aquella misma mañana Cris la había llamado para decirle que llegaría en el transcurso de la semana y que esperaba que se viesen para ponerse al día. El momento había llegado, la cuenta atrás había comenzado, las cosas en breve tocarían a su fin.

—Lo siento, amiga, estaba atendiendo una llamada —se disculpó Matty.

—Tranquila. Oye, Matty, ¿tienes algún compromiso mañana después del trabajo? —le preguntó Daniela.

—Nada importante. ¿Por?

—Necesito tu ayuda.

—Cuenta —pidió Matty, mirándola con curiosidad.

—Quiero que me acompañes a un lugar —explicó Daniela.

—¿Tiene algo que ver con el ricachón?

—Sí.

—¿Todavía no lo has dejado? ¿A qué esperas para meterle la patada? —le preguntó Matty, desconcertada.

—Al momento adecuado.

.

UNCAMBIO DE RELOJ

Lejos de lo que Matty había interpretado, Daniela no había contratado a Jon para una despedida de soltera ni mucho menos para tener sexo con él. Sus motivos para contratarlo encerraban un fin más complejo. La primera vez que se habían encontrado en aquel mismo lugar, ella llevaba una carpeta en la mano y, tras elegir un discreto lugar de la cafetería del hotel, expuso a Jon las razones por la cuales estaba interesada en contratar sus servicios. El plan era

muy sencillo: debía de hacer todo cuanto estuviese en sus manos para conquistar a Carla Fernández, logrando que dejase a Álex por él, tal como había hecho con su anterior novio.

En la carpeta, Daniela llevaba toda la información referente a ella: fotografías, dirección, lugar de estudios, amigas, lugares que visitaba con más frecuencia y todo cuanto había podido averiguar tras pagarle a Manuel Font y seguirla ella misma.

—Verás, quiero que hagas lo posible por conocerla. Te daré las indicaciones del lugar donde debes propiciar el primer encuentro y te guiaré en cuanto a los mejores momentos en los que debes aparecer y cuáles serán las acciones de las que podrás sacar mayor provecho. Ah, y es importante que sus amigas te conozcan —puntualizó Daniela—. Tu cometido principal es meterte en medio de la relación que mantiene con su pareja actual y separarlos. Puedes montártelo como quieras.

—¿Corro algún riesgo físico? —Preguntó Jon, antes de matizar—: Entiéndeme, no se trata de que tenga miedo, solo quiero estar prevenido.

—En absoluto. Tratas con un contrincante demasiado cobarde como para llegar a las manos —le aseguró ella.

Durante las dos horas siguientes, Daniela le dio toda clase de indicaciones a Jon respecto a los pasos que debía dar. Le explicó dónde estaba el *pub* que Carla frecuentaba con sus amigas y le indicó que fuese allí para propiciar el primer encuentro entre los dos; le explicó dónde estudiaba y dónde vivía, qué coche tenía y los horarios en los que Álex solía visitarla. Como estrategia de actuación, acordaron que no sería conveniente que Álex supiese de su existencia hasta pasado un tiempo, pues, de generarse un conflicto, Carla podría inclinarse por Álex al verse en la situación de tener que elegir entre ambos. Primero tendrían que lograr que ella se prendase de él.

Jon se haría pasar por el hijo de una familia con mucho dinero para estar en

igualdad de condiciones que Álex, pues, si bien era cierto que era muchísimo más atractivo y joven que él, Álex contaba con la ventaja que le daban todos sus millones. Y la erótica del poder, junto a la prospección de un futuro lleno de lujos, podía resultar irresistible para una mujer y hacer que se decantase sin dudar por el rico antes que por el guapo, y no podían correr ese riesgo. Daniela alquiló un lujoso vehículo deportivo para que Jon encajara en el perfil que habían diseñado. Cubriría todos los gastos de restaurantes, salidas y regalos, aparte de la cifra acordada por hacer el trabajo. Decidieron mantener el nombre real de Jon, puesto que, al ser modelo, tenía perfiles abiertos en varias redes sociales para promocionarse, y siempre podría haber alguien que lo reconociese estando con ella. Aparte de ser modelo, Jon estudiaba Ingeniería, y aquello encajaba de maravilla a sus planes. Él le haría creer a Carla que se había instalado solo en la ciudad para estudiar y que su familia vivía lejos. Así resolverían el problema de los encuentros y presentaciones familiares.

Daniela puso todo en conocimiento de Jon. Sabía que Álex estaba haciendo con Carla lo mismo que había hecho siete años atrás con ella: ocultarla, no tomarla de la mano en público, no presentarla a los amigos, no llevarla a conocer a sus padres, sacarla lejos de la ciudad para cenar. Obviamente estaba siguiendo el mismo patrón de actuación. Después de varios meses saliendo, por poco lista que fuese la joven, tendría que haber notado que él ocultaba algo y que no le daba el trato que ella esperaba. Basándose en todos aquellos puntos débiles de Álex, trazaron una agenda de actuación para aprovechar los momentos de flaqueza de Carla y ganar terreno. Estipularon los horarios más convenientes para actuar y se pusieron manos a la obra. Después de tener claro que Carla mostraba interés en Jon, él se ganó a sus amigas, haciéndoles ver que estaba realmente interesado en ella y que sus intenciones eran sinceras. Entonces las amigas de la joven no tardaron en

recordarle las diferencias entre ambos. Tras meses viendo cómo se comportaba Álex, estaba claro que Jon era mil veces mejor que él.

El primer encuentro entre los tres se dio un domingo por la mañana. Álex, como de costumbre, había desaparecido desde el jueves por la tarde. Entonces Jon entró en acción invitando a Carla a salir el sábado por la noche. Primero la llevó a cenar y después se pasaron toda la noche de discoteca en discoteca hasta el amanecer. Carla estaba fascinada al ver que a Jon lo reconocía mucha gente y que él se lucía en público con ella, sin intención de ocultarlo.

Cuando los dos llegaron a las ocho de la mañana de aquel domingo a la casa de Carla, Daniela ya le había enviado un mensaje a Jon, indicándole que Álex tardaría poco en llegar. Jon, entonces, entretuvo a Carla en la puerta de su casa, haciéndola reír e intercambiado anécdotas para ganar tiempo hasta que Álex lo viese allí. Cuando Álex apareció por la esquina de la calle, tras comprarle el desayuno a Carla, se quedó de piedra al verla en compañía de otro hombre y, molesto, aceleró su 4x4 y se largó. Aquella había sido la primera vez que los vería juntos y, tan frustrado como molesto, volvió al hotel donde se hospedaba Daniela. Sin embargo, después de aquel episodio, Carla de alguna manera había logrado engatusar de nuevo a Álex, y él había caído en sus redes. Entonces Daniela contraatacó.

Bajo las indicaciones de Daniela, durante la semana siguiente al encuentro de aquel domingo, Jon esperaba a que Carla y Álex desayunasen en el aparcamiento de la facultad, dentro del coche. Entonces, después de que Álex se fuese, aparecía él llevando un delicioso desayuno, pero se lo entregaba delante de todas sus amigas, las cuales, cuando se quedaban a solas con Carla, se deshacían en halagos hacia él y expresaban su desprecio con malas palabras hacia Álex. Poco a poco, los encantos de Jon fueron ganando terreno en el corazón de la confusa Carla, hasta que cayó rendida en sus brazos. Uno de los días claves para que la balanza se inclinase a favor de Jon había sido el

día en el que el motorista había destrozado el coche de Álex.

Después del fatídico episodio, él había desaparecido, dejando a Carla sin respuestas y preocupada, pensando quién sería aquel sujeto que se había presentado con una actitud tan agresiva en la puerta de su casa. Estaba preocupada y quería una explicación, pero, por más que había intentado contactar con Álex, él no daba señales de vida. Se había comportado como un cobarde y un inmaduro. Y ella ya no estaba dispuesta a seguir tolerando más su actitud. Definitivamente, se había cansado de tanto aguantar.

Tras el destrozo del coche, Álex, egocéntrico y egoísta por naturaleza, había tardado tres días en reaccionar y darse cuenta de que el motorista también podía hacerle daño a Carla como lo había hecho con Daniela, y se preocupó por ir a verla. Sin embargo, se llevó una sorpresa cuando no la encontró en ninguno de los sitios habituales que solían quedar y, para colmo, tampoco respondía a sus llamadas. En su lugar encontró a una de sus mejores amigas, quien le espetó que ella se había ido a pasar el día fuera de la ciudad con un amigo. Álex, a sabiendas de que aquella amiga de Carla no lo soportaba, pensó que la joven se había inventado la historia para molestarlo, pero más tarde descubriría que no era así.

Tras no saber nada de Carla en toda la semana, Álex había decidido presentarse por sorpresa en su casa un domingo por la mañana, con la excusa de llevarle el desayuno. Pero la sorpresa definitivamente se la había llevado él, al descubrirla en la puerta de su casa, colgada del cuello de un tipo y besándolo amorosamente.

Álex reaccionó como costumbre, acelerando y dejando el lugar hecho un basilisco, y fue corriendo en busca de Daniela al hotel. En cuanto ella lo vio, sospechó por qué estaba allí y a qué obedecían sus extrañas preguntas y sus ruegos para que no lo abandonase jamás, cuestión que Jon vendría a confirmarle minutos más tarde, cuando se reunió con ella en la esquina de la

calle del hotel, tras enviarle un mensaje para verla urgentemente.

—Se presentó en la puerta de su casa y nos vio besarnos. ¡Salió de allí hecho una furia! —explicó—. Pero es que ni siquiera se bajó de la furgoneta.

—Ya te dije que era un cobarde —afirmó Daniela—. Ese es un punto a tu favor: a las mujeres no nos gustan los cobardes. Tendría que haberse bajado y pedir explicaciones, pero, si no lo hizo cuando le destrozaron el deportivo, menos lo va a hacer por ella. Te aseguro que ella ha llegado a la misma conclusión que yo.

—Yo me hice el tonto, hice como que no me había enterado de nada, pero Carla se quedó de piedra.

—Lo sé, lo estuvo llamando al móvil —le confirmó Daniela.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó él en busca de orientación.

—Lo primero y más importante es que Carla piense que tú no sospechas nada —le dijo—. Tenemos que evitar que os peléis. Si eso sucede, nos arriesgamos a que ella contacte con Álex y le cuente otra historia para volverlo a engatusar. No podemos darle tregua.

—La verdad es que, viendo lo que dices, prefiero tenerte como amiga —afirmó Jon, subiendo las cejas.

—Pues aún no hemos terminado: tienes que hacer una cosa más por mí.

—¿Qué? —preguntó Jon, intrigado.

—Todavía lo tengo que pensar bien esta noche, mañana te lo cuento —explicó—. Ahora debo volver, antes de que Álex se dé cuenta de que no estoy.

Eran casi las cinco de la tarde del lunes, cuando Daniela llegó al *hall* del Hotel Le Chat para verse con Jon, tal como habían acordado el día anterior. Lo encontró sentado en el lugar de siempre, más atractivo e irresistible que nunca. Desde la primera vez que ella lo había visto, se sentía enormemente atraída por él y, en más de una ocasión, había pensado que le hubiese gustado haberlo conocido bajo otras circunstancias. Pero sus prioridades eran otras, y, ahora

que todo estaba a punto de terminar, tenía que ser más cuidadosa que nunca.

—Menudo día el de ayer —comentó Jon.

—Y que lo digas, casi me muero de un infarto —aseguró ella, levantado las cejas.

Al cabo de unos instantes, el camero se acercó para tomar nota. Ellos hablaron de cosas triviales, esperando a que el hombre volviese con su pedido. Al cabo de unos instantes regresó para dejar un par de tazas humeantes sobre la mesa y luego se marchó. Daniela, al verlo alejarse, dijo:

—Bueno, Jon, ya he pensado en lo último que necesito que hagas por mí.

—Me tienes intrigado —aseguró él.

—Verás, tengo la plena seguridad de que Álex le ha regalado un costoso reloj a Carla, además de un conjunto de pulsera y pendientes que van a juego.

Jon se quedó pensativo por unos instantes y, tras hacer memoria, dijo:

—Puede que sea el reloj que lleva puesto. Es bastante nuevo, no se lo pone siempre, aunque lo lleva desde que la conozco —explicó él.

—Sí, de hecho, creo que se lo regaló un par de días antes de que yo te contactase —concluyó Daniela.

—Y ¿qué pasa con el reloj?

—Lo quiero —sentenció Daniela.

—¿Cómo? —preguntó Jon, desconcertado.

—Invéntate lo que sea: quítaselo cuando puedas en un descuido o metete en su habitación con una excusa, me da igual —indicó ella—. Pero lo quiero para mañana a esta misma hora.

—¡Mañana! —exclamó Jon, estupefacto.

—Tal como has escuchado —confirmó Daniela—. Lo necesito aquí mañana. En cuanto me lo entregues, te pagaré el resto del dinero que te debo.

Jon se sintió dolido por su tono y se lo hizo saber con la mirada. Tras unos instantes, resopló desviando la cara y dijo:

—Veré qué puedo hacer.

Tras interpretar a la perfección el mensaje de Jon, Daniela le dio otro sorbo a su café, un tanto avergonzada, dudando entre pedirle una disculpa o no. Optó por guardar silencio mientras se recreaba en su belleza, hasta que decidió hacerle una pregunta, que le lanzó sin tapujos:

—¿Te interesa seguir con Carla?

Él la miró confuso.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque, después de todo, has pasado algún tiempo a su lado —explicó Daniela—. Habéis compartido cosas, y puede que sientas algo por ella. Es una chica guapa.

—Por esa misma regla de tres, también podríamos decir que he pasado tiempo contigo y también hemos compartido cosas —contestó Jon—. Además, la belleza no lo es todo.

—Vaya, no me esperaba esa respuesta —admitió Daniela—. En todo caso, te lo decía porque he pensado en la forma para que puedas salir airoso. Pero, si te interesa seguir viéndola, me lo reservo y punto.

—Ya. ¿Y qué posibilidades habría de seguir viéndote a ti? —le espetó él.

Daniela no se esperaba aquella respuesta, pero supo manejar la situación.

—Lo cierto es que pocas —le contestó—. Después de lo vivido, como comprenderás, no confié mucho en los hombres. Y, además, ¿no crees que eres un poco joven para mí?

—Entiendo perfectamente que no confíes. Lamentablemente, hay demasiados idiotas como tu novio sueltos por el mundo —respondió él—. Y, respecto a lo de que soy muy joven, te podrías llevar una sorpresa.

Daniela subió las cejas sorprendida, y Jon continuó diciendo:

—No me gustan las niñas, y Carla lo es. Me gustan las mujeres hechas y derechas, y tú lo eres —afirmó—. Además, me pareces preciosa.

—Hace un momento me habías dicho que la belleza no lo es todo —le refutó Daniela.

—Pues imagínate lo que podría suceder, cuando lo encuentras todo en una sola mujer —aseguró, acercándose a ella—. Ese tipo, definitivamente, es imbécil. Te traeré el reloj mañana, te espero aquí a la misma hora que hoy.

Jon se levantó y atravesó la cafetería del hotel rumbo al *hall*, dejándola boquiabierta. Que él se hubiese fijado en ella sí que no estaba contemplado dentro de sus planes. Daniela pidió la cuenta y se marchó. Aquella noche no pudo sacarse sus palabras de la cabeza.

Daniela estaba hecha un manojo de nervios, se levantó un par de veces y se volvió a sentar otras tantas antes de decirse a entrar en el despacho de su jefe, el Sr. Forni. Finalmente, se armó de valor y se acercó, cerró la mano y golpeó suavemente con los nudillos el cristal de su puerta. El hombre levantó la cabeza e hizo un gesto con la mano, invitándola a entrar. Mantuvieron una larga reunión, durante la cual el Sr. Forni se pasó la mano por las entradas de la frente en más de una ocasión, mientras daba vueltas erráticas por la oficina. Matty había pasado un par de veces por delante del despacho con la excusa de ir a la fotocopidora y, cada vez que lo había hecho, le había lanzado miradas sumamente expresivas a Daniela, que le obligaron a girarse para no reventar a reír delante de su jefe.

Ya era casi la hora de marcharse cuando Daniela y su jefe dieron por concluida la reunión. Ella recogió rápidamente sus cosas y se dirigió al aparcamiento donde la esperaba Matty, impaciente, después de haberla taladrado a mensajes de WhatsApp, preguntándole cuando pensaba salir de allí.

—Por fin —dijo Matty levantando las manos, cuando la vio llegar—. ¿Qué te ha dicho?

—Que ya me dirá algo —contestó Daniela con resignación, mientras se subía

a su coche y ponía el motor en marcha—. Venga, vámonos, que si no llegaremos tarde.

—No será por mi culpa —aseguró Matty, meneando la cabeza—. Por cierto, todavía no me has dicho a dónde vamos.

—A ver a un amigo.

Jon esperaba en el lugar de siempre, pero al verla no le dedicó una sonrisa tan amplia como de costumbre. Sin embargo, sí que lo hizo con Matty, quien corrió a su encuentro. Él se levantó y le regaló un caluroso abrazo.

—¡Querida amiga! Debí suponer que habías sido tú la que le había dado mi número a Dani. —Se corrigió enseguida y dijo—: Quiero decir, a Daniela.

—¡Amigo mío! ¡Esta sí que es una sorpresa! —celebró Matty con una enorme sonrisa—. Bueno, tú ya sabes que siempre te tengo presente.

Jon saludó con frialdad a Daniela, propiciando que ambas mujeres se intercambiasen miradas interrogantes, aprovechando el momento en que él volvía a su asiento. Daniela decidió intervenir para suavizar el tenso encuentro entre los dos.

—Siento las prisas y la presión de ayer, pero es que necesitaba ese reloj a más tardar hoy. ¿Pudiste quitárselo?

Jon se giró y cogió del suelo una pequeña bolsa de cartón que tenía a un costado del sofá donde se sentaba. Daniela sonrió satisfecha al verla, mientras Matty los observaba a ambos intrigada.

—Fue relativamente fácil —explicó Jon—. Menos mal que Carla es una persona descuidada. Creo que, para cuando se dé cuenta de que le falta, no sabrá ni lo que ha ocurrido.

—Perdón, pero es que estoy un poco perdida —intervino Matty—. ¿Alguno de los dos podría decirme de qué va todo esto?

—Lo siento, Matty, no te he explicado nada antes, porque prefería que llegásemos hasta aquí primero —explicó Daniela—. Tenía miedo de

contártelo y que te echases para atrás.

Matty abrió los ojos sorprendida y dijo:

—¿En qué lío me vas a meter, Daniela? ¿Por qué Jon está hablando de la tal Carla con la que te engaña el ricachón?

Jon se mantuvo en silencio y dejó que Daniela hablase. Sentía que no le correspondía a él hacerlo.

—He contratado a Jon para que la conquiste —respondió Daniela.

Matty abrió los ojos como platos atónita y balbuceó:

—¿Perdón?

—Verás, es un poco largo de explicar, te prometo que te contaré todos los detalles, pero ahora necesito que me escuches, porque el tiempo se me agota. Tengo en mi poder la factura de la compra de este reloj y necesito que tú entres a la joyería donde fue comprado y solicites que te lo cambien por otro —le pidió Daniela, que, tras hacer una pausa, dijo con pudor—: Haciéndote pasar por una amiguita de Álex Bacardit.

—Pero ¿¡te has vuelto loca!/? —exclamó Matty, llamando la atención del camarero.

—Tranquilízate, Matty —le pidió Daniela—. Te aseguro que tengo una buena explicación para todo esto.

—Pero, pero... —tartamudeó, antes de preguntar—: ¿En serio contraste a Jon para eso?

—Sí.

—Y ahora me quieres decir que le habéis robado el reloj a esa pobre chica solo para fastidiar al promiscuo de tu novio —susurró entre dientes—. ¿Es así, Daniela?

—Sí, es así —volvió a admitir Daniela—. A grandes rasgos, es así.

Matty se llevó la mano a la frente, pensativa, analizando lo que Daniela le había dicho y, tras unos minutos de reflexión, se acercó a ella, le tomó la mano

y le dijo:

—Amiga, yo te aprecio y sé que lo has pasado muy mal con todo este asunto, pero llegar a estos extremos... Lo que menos entiendo es por qué arremetes contra la pobre chica, la Carla esa, que seguro es tan víctima como tú en todo esto. ¡Lo que deberías hacer es centrarte en ese cabrón y mandarlo de una vez por todas a la mierda! —aseguró Matty, sin poder contenerse.

Daniela estaba a punto de explicarse, pero Jon intervino antes de que ella pudiese hablar:

—No es tan pobre, ni tan víctima.

Las dos lo miraron sorprendidas.

—¿Cómo? —preguntó Daniela, desconcertada.

—Que no es tan pobrecita ni tan inocente como pensábamos —aseguró Jon, mientras echaba mano de su teléfono móvil.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Matty.

Jon revisó en silencio la pantalla de su teléfono en busca de lo que quería mostrarles, mientras la expectación aumentaba en las caras de las dos mujeres que lo observaban atentamente.

—Ayer, cuando fui a su casa con la excusa de verla para poder colarme en su habitación y quitarle el reloj, también descubrí otra cosa. —Deslizó los dedos por la pantalla de su móvil y dijo—: Aproveché el momento en el que fue al baño y revisé su teléfono. Atentas, porque no tiene desperdicio.

Mensaje de WhatsApp de Carla para Álex del lunes a las dos de la tarde: «Ya que no me respondes las llamadas, te lo explicaré por aquí. Ni te creas que te estoy llamando para darte una explicación: lo estoy haciendo para que te enteres de una vez por todas de que te engaño. Que sí, que es verdad, que salgo con otra persona. ¿Qué te creías? ¿Que yo no sabía lo de la noviecita tuya? Sí, la periodista esa. Pues lo sé hace tiempo y me aguanté esperando a ver cuándo pensabas dejarla, pero tú nada. Pues que sepas que llevo tiempo

saliendo con Jon y que lo prefiero a él mil veces antes que a ti. Por mí, ya te puedes quedar con esa imbécil».

Segundo mensaje, dos minutos más tarde, tras no obtener respuesta: «Otra cosa: ni se ocurra acercarte a él y contárselo, porque entonces yo haré lo mismo con la idiota esa. Ahora ya sabes lo que es ser un cornudo. Ah, y, por cierto, Jon te da veinte mil vueltas, sobre todo en la cama. Es mucho mejor amante que tú».

Tras leer el último mensaje, Daniela buscó rápidamente con la mirada a Jon y comprobó que se había ruborizado. Matty ahora, mucho más tranquila, subió las cejas, sorprendida.

—Vaya, pues la verdad es que no es tan inocente y tonta como yo creía —suspiró, y dijo—: Y tú, querido, como siempre dejando el listón tan alto.

Jon la taladró con la mirada, y Daniela dejó asomar una pequeña sonrisa por la comisura de los labios.

—Por alguna extraña razón, no me sentía culpable con respecto a Carla, no sé si por intuición o por indiferencia. Pero ahora está claro que me importa un cuerno lo que le pase —aseguró Daniela.

—¿Él no le respondió? —preguntó Matty.

—Para el momento en el que yo revisé el móvil, no. Si lo hizo más tarde, lo desconozco. Yo después no tuve otra oportunidad para volver a revisarlo —explicó Jon—. Me envié a mi teléfono la conversación. La guardo para cuando me haga falta.

—Veo que, entonces, ya no necesitarás que te explique lo que había ideado para que pudieras dejarla —concluyó Daniela.

—No.

Matty volvió a subir las cejas, al notar la tensión que había entre los dos, y dijo:

—Voy un momento al lavabo.

Cuando su amiga estaba lo suficientemente lejos, Daniela se dirigió a Jon:

—¿Estas enfadado conmigo?

—No, estoy enfadado conmigo —aclaró él.

—¿Puedo saber por qué?

—No.

—Te pido disculpas, si he hecho algo que te molestase.

—Tú no me has hecho nada —respondió él con sequedad—. Además, no deberías preocuparte por mí, ahora debes centrarte en Álex. Has logrado separarlo de Carla y por fin lo tendrás solo para ti, como querías.

—En ningún momento he dicho que ese fuese mi cometido.

—Da igual. —Se levantó y dijo—: Disculpa que sea tan directo, pero preferiría que me pagues antes de que vuelva Matty.

—Claro, enseguida.

Daniela rebuscó en el interior de su bolso, extrajo un sobre con dinero y se lo entregó.

—Cuéntalo, creo que está todo correcto, pero por si acaso.

—No hace falta, confío en ti —contestó él, guardando el sobre en el bolsillo de su pantalón.

Ambos se quedaron en silencio mirándose a los ojos sin hablar, pero diciéndose de todo al mismo tiempo. Tras una pausa que pareció eterna, el primero en decir algo fue él:

—Si te parece bien, me llevaré el coche. Yo me encargaré de entregarlo en la agencia de alquiler a última hora —le explicó—. Primero quiero pasar esta tarde por casa de Carla. Le haré saber que lo sé todo.

—¿No te preocupa hacerle daño? —preguntó Daniela.

Él le clavó una mirada azul, intensa e inquisidora, luego se inclinó hacia delante, envolviéndola con su perfume, y le preguntó:

—Y a ti, ¿no te preocupa hacer daño?

Daniela se quedó desarmada y, aunque sabía el motivo por el cual Jon le hacía aquella pregunta, no supo qué responderle. Sus ojos de color verde oscuro le devolvieron una mirada suplicante, que fue interrumpida por la llegada de Matty.

—¿Ya te vas? —le preguntó ella.

—Sí, amiga, Daniela y yo ya hemos terminado, aquí se acaba nuestra aventura —respondió, sin dejar de mirar a Daniela con una amarga sonrisa, que no pasó desapercibida a Matty.

Jon se inclinó y dio un abrazo a la menuda Matty a modo de despedida.

—Ya nos vamos viendo por ahí —aseguró él—. Y no dejes de llamarme si surge algo, ¿vale?

Matty asintió sin decir nada. Entonces, Jon se dirigió a Daniela y, sin pronunciar palabra, la abrazó estrechándola con fuerza entre sus brazos. Ella sintió el tibio contacto de su piel al quedar pegada a su cuerpo y se estremeció. Jon fue consciente de ello y, casi involuntariamente, la apretó todavía más, al tiempo que exhalaba un profundo suspiro que se coló entre su melena. Luego se separó y le dijo:

—Ha sido un placer conocerte, espero que todo te vaya muy bien. —Le dio un beso en la mejilla y se fue.

Jon salió del hotel sin volver la vista atrás, dejando a Matty atónita y a Daniela desencajada, mientras ambas veían como su atractiva figura desaparecía entre los vehículos que cruzaban por la avenida.

—Se ha enamorado de ti —concluyó Matty.

Daniela reaccionó ante sus palabras y, despertando de su letargo, le dijo:

—No digas tonterías. ¿Vas a echarme una mano con lo del reloj o no?

—Después de leer los mensajes de esa furcia, por supuesto.

Pagaron la cuenta y se pusieron en camino hacia la joyería.

Durante el trayecto, Daniela le explicó todo lo concerniente a la contratación

de Jon, lo que habían planificado, cómo lo habían llevado a cabo y cuál había sido el desenlace. Matty escuchó y asintió en silencio, sin perder detalle, y cuando Daniela terminó, concluyó convencida:

—Ahora me encaja todo. Eres una bruja.

—Lo sé —afirmó Daniela, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero que sepas que Jon está por ti —le espetó Matty, haciendo que desapareciese la sonrisa de su cara.

El lugar era uno de los establecimientos mejores y más caros de la ciudad dedicados a la venta de joyas. Daniela buscó un lugar donde aparcar que le permitiese contemplar todo el tiempo el interior del establecimiento y, tras detener el motor del coche, le explicó a Matty su plan:

—Tal como te dije, amiga, necesito que entres ahí con el reloj, alegando que te lo han regalado, pero que no te termina de convencer y que lo quieres cambiar —le indicó Daniela.

—Espera, espera, Daniela. ¿No crees que vas demasiado rápido? —preguntó Matty—. No te has parado a pensar que, en el momento de la compra, la tal Carla pudo haber estado con él. Yo no quiero salir esposada de ahí adentro.

—Fíjate bien en la factura —señaló Daniela—. En ella hay más artículos. Te aseguro que vino solo, porque, de haberlo hecho con ella, tendría que explicarle para quién era ese conjunto de pulsera y pendientes, que fue el que me regaló a mí.

Daniela entregó la factura a Matty y la bolsa que contenía el reloj, y dio otra explicación más:

—Además, pagó en efectivo. Estoy segura de que no quería que sus secretarias viesen un resguardo de esta compra, por si acaso alguna se iba de la lengua. Te prometo que entraría yo, pero temo que alguno de los dueños me pueda reconocer y que lo llamen —suspiró, y dijo—: Sin embargo, si entras tú, ellos llegarán a la conclusión de que el regalo no había sido para su novia, y

optaran por mantener la discreción.

Matty se centró en analizar la factura y reparó en un detalle.

—Pero, Daniela, la compra se realizó hace semanas. El plazo para la devolución del reloj ha vencido —argumentó, preocupada.

—¿Y tú te crees que van a poner peros? Te aseguro que no harán nada que pueda enfadar a un cliente que se gasta esta cantidad de dinero en una sola compra, y algo me dice que no es la primera vez que lo hace —refutó Daniela, convencida.

—Es razonable. Bueno, pero explícame qué debo hacer, me has dicho que lo debo cambiar. ¿Quieres un reloj para ti?

Daniela echó mano de su móvil y envió una imagen a través de WhatsApp al móvil de Matty.

—Quiero que lo cambies por este reloj. Sé que lo tienen en *stock*, llamé antes de venir —indicó Daniela señalando la pantalla—. Toma, aquí está la diferencia que debes pagar, este es más caro.

—Pero este es un reloj de hombre. ¿No me digas que le vas a regalar un reloj a ese sinvergüenza? —preguntó Matty, ofuscada.

—Deja de hacer preguntas indiscretas y ve —pidió Daniela—. Y no te preocupes, no te pondrán problemas, yo diría que más bien todo lo contrario: aceptarán encantados al comprobar que vas a cambiarlo por otro más caro.

Veinte minutos más tarde, Matty salía de la joyería balanceando una bolsa nueva en la mano y con cara triunfal. Daniela sonrió complacida.

mÍRAME

Habían transcurrido un par de días tras la última vez que había visto a Jon, y descubrió con inquietud que echaba de menos sus mensajes. Pero, al darse cuenta de que tampoco volvería a verlo, un extraño sentimiento de pérdida le oprimió el pecho y la entristeció hasta el punto de dejarla preocupada. Durante aquellos dos días pensó infinidad de veces en él, muchas más de las que hubiese querido. No sabía si finalmente había terminado con Carla o si, por el contrario, había optado por quedarse a su lado, y sintió rabia al pensar en la posibilidad de que ella hubiese salido vencedora. De ser así, sin duda el resultado de su plan habría sido bastante irónico: le habría quitado de encima a Álex y, en su lugar, le habría puesto a Jon, que a todas luces era infinitamente mejor, tal como la misma Carla había certificado en sus mensajes. Tuvo la tentación de conducir hasta su casa y esperar a escondidas, como hacía cuando espiaba a Álex, pero esta vez para verlo a él, a Jon. Sacudió la cabeza para despejarse y se centró en la pantalla del ordenador.

Álex estaba extremadamente cariñoso: la llamaba a todas horas, había pasado a verla por las tardes e incluso había hecho planes para que pasasen juntos el fin de semana en la playa. Cada vez que se encontraba con ella, la abrazaba con fuerza y se aferraba a su cuerpo como si tuviese miedo de que se fuese volando; se quedaba un buen rato pegado a ella en absoluto silencio, un

silencio demasiado revelador, que evidenciaba culpabilidad, arrepentimiento y un miedo pavoroso al abandono. Él la había llamado ese jueves por la mañana para pedirle que desayunasen juntos, y ella aceptó. Durante el desayuno, Álex conversó animadamente acerca del sitio que había elegido en la playa y le mostró la página web para que lo viese. Daniela se sorprendió por su actitud, puesto que hacía mucho tiempo que no lo veía tomar la iniciativa en cuanto a la planificación de sus salidas. Habían desayunado en la cafetería del hotel, donde Daniela continuaba hospedada, y, tras terminar, cada uno se dispuso a marcharse al trabajo. Pero antes Álex le hizo una pregunta:

—Amor, no me has contado si has encontrado algún apartamento al que mudarte. ¿No has visto nada de tu gusto todavía?

—Pues, la verdad es que no —lo miró preocupada, y preguntó—: ¿Te estoy generando muchos gastos con mi estancia en el hotel?

Él rio ampliamente, la besó y le dijo:

—Por supuesto que no, para ti lo que haga falta. —Le acarició la mejilla y se marchó.

Daniela no le quitó la mirada de encima hasta que él desapareció por completo.

El Sr. Forni la había convocado a una reunión a primera hora de la mañana, y ella se presentó puntual. Durante un largo rato estuvieron conversando, a la espera de una llamada, hasta que el teléfono móvil de su jefe sonó. Él fue asintiendo a medida que escuchaba y, cuando hablaba, solo respondía a su interlocutor con monosílabos. Daniela estaba expectante y tuvo que hacer acopio de toda su entereza para no arrancarle el teléfono de las manos y poder escuchar lo que le estaban diciendo. Transcurrido un par de minutos, el Sr. Forni colgó y anunció:

—Volverán a llamar dentro de una hora. Te avisaré.

Daniela dejó el despacho un tanto desalentada, pero con la esperanza de tener

noticias en breve. Sin embargo, pasaron las horas, y su jefe no se había vuelto a pronunciar. Ella no se atrevió a insistir, pero cada vez que lo veía hablar por teléfono, el corazón le daba un vuelco. Caía la tarde, y la redacción del periódico se fue quedando vacía; poco a poco, cada uno de sus compañeros apagaron las pantallas de sus ordenadores y abandonaron la sala, hasta dejarla prácticamente vacía. Pero ella permaneció allí. Álex la había llamado a media tarde para pedirle que cenasen juntos, pero ella le dijo que estaba pendiente de una reunión y que no podría salir hasta muy tarde; sugirió que lo dejaran para el día siguiente, y él aceptó.

Pasaban varios minutos de las siete, cuando su jefe la volvió a llamar al despacho para comunicarle la noticia. Entró tan intrigada como preocupada, se sentó y escuchó. Fue tal la sorpresa de Daniela que no pudo contenerse y, sin pensarlo, saltó de la silla y se lanzó a sus brazos, agradecida y llorando de alegría. Cuando salió de la redacción, su reloj marcaba las nueve y cuarenta de la noche. Comprobó que tenía varias llamadas perdidas, incluidas un par de Cris. Al llegar al hotel, el joven de recepción le entregó varios mensajes también de Cris, y se vio en la obligación de llamarla al llegar a la habitación.

—Hola, guapa. ¿Cuándo llegaste?

—¡Hola, Dani! ¡Por fin me llamas! Llegué hoy después del mediodía — explicó Cris, que enseguida dijo—: No te localizaba y llamé a Álex, me ha dicho que estás hospedada en un hotel. ¿Por qué no me contaste lo del robo cuando hablamos?

—¿Cómo crees que iba a contarte eso? No iba a preocuparte estando lejos. Además, no ha sido nada, todo quedó en un susto.

—Álex me lo explicó todo.

«Lo dudo», pensó Daniela, antes de responderle.

—Sí, me imagino, el pobre se llevó un buen susto, pero eso ya quedó en el olvido. Cuéntame, ¿cómo te fue?

—¡Divinamente! ¡Tienes que ver todo lo que me he comprado! ¡Estoy contentísima! —exclamó Cris, muy animada—. ¿Por qué no te pasas mañana por casa después del trabajo?

—Bueno, he quedado con Álex, pero no te preocupes, veré si puedo hacer un hueco antes —le dijo—. Ahora me voy a dar una ducha y a dormir, amiga, he tenido un día muy intenso.

—De acuerdo, te llamo mañana. Un beso.

—Otro para ti —contestó Daniela.

Cuando Álex llamó la mañana del viernes a Daniela, ella no le contestó. Supuso que estaba ocupada y esperó a que le devolviese la llamada como solía hacerlo, pero, transcurridas un par de horas, ella todavía no lo había hecho. Entonces, él lo intentó de nuevo y, para su sorpresa, saltó el buzón de voz. Pasó de la extrañeza a la inquietud cuando llegó la hora del mediodía y todavía no tenía noticias. Le envió varios mensajes de WhatsApp, pero no obtuvo respuesta. Entonces decidió llamar a Cris, con la esperanza de que ella supiese algo. Tampoco tuvo suerte. Se fue a comer preocupado y, al regresar, volvió a llamarla, pero continuó sin tener éxito. Ya por la tarde, casi al borde de la desesperación, llamó al hotel, pero en recepción le informaron de que ella no estaba en la habitación y de que no la habían visto desde la mañana. Por último, optó por llamar a la redacción del periódico, pero la respuesta de la joven que lo atendió lo dejó sin palabras.

—Lo siento, señor, pero no ha venido en todo el día por aquí.

Eran las seis y media de la tarde cuando se presentó en el hotel y entró directo a la recepción para preguntar por ella.

—Buenas tardes. ¿Sabría decirme si Daniela Romay ha vuelto?

—Buenas tardes, Sr. Bacardit —lo saludó amablemente la recepcionista—. Lo siento, todavía no ha vuelto, pero me han informado mis compañeros de que ha dejado una nota para usted.

Álex la miró extrañado y estiró la mano para recibir el pequeño manuscrito:
«Te he dejado algo en la habitación.»

Era la letra de Daniela, sin firma ni despedidas cariñosas. Preocupado, pidió la tarjeta de la habitación y se dirigió al segundo piso. Una vez allí, introdujo la tarjeta en la puerta y entró. El vacío que percibió en el interior lo abrumó.

Hizo el intento de llamarla, pero ahogó su voz, convencido de su ausencia. Caminó hasta al baño, apoyó las yemas de los dedos en la puerta y la empujó. Se quedó helado al comprobar que las cosas de Daniela ya no estaban allí. Se dio la vuelta, corrió desesperado hacia el armario y lo abrió de golpe. Tampoco había nada. Entonces, la realidad se le vino encima de forma violenta y feroz: Daniela se había ido. Se derrumbó abatido sobre la cama, tratando de entender qué había pasado y, al poco, comprendió que ella se había enterado de su traición. Se quedó inmóvil mirando un punto fijo en la pared, totalmente desconcertado y con la mirada cristalizada por las lágrimas, intentando discernir cómo había ocurrido, hasta que reparó en una pequeña caja que había al lado del televisor. Se levantó y la abrió. Dentro había un lápiz de memoria con el logo del periódico, y al lado una nota que rezaba «Mírame».

Álex se estremeció, temiendo lo peor. Tomó el control remoto, encendió el televisor, buscó la opción para visualizar elementos externos y la seleccionó. Luego buscó en la parte de atrás la entrada USB y conectó el lápiz de memoria. La imagen de Daniela no tardó en aparecer. La grabación estaba hecha en un lugar que él desconocía, pero era de buena calidad; supuso que había sido realizada en el periódico y que alguien la había ayudado. Le llamó la atención el hecho de que Daniela llevase puesta la misma ropa del último día que la había visto, y no le fue difícil concluir que la grabación era del día de ayer. Ella comenzó a hablar.

—Hola, querido, supongo que a estas alturas ya habrás entendido que te he dejado, lo que seguramente no sabes es por qué. Pero no te preocupes, yo te lo voy a explicar.

Álex había enmudecido por completo y tuvo que volver a buscar el borde de la cama para sentarse antes de que las piernas le fallasen. Se sentó en frente del televisor y esperó a ver lo que venía a continuación.

—Verás, todo comenzó hace unas semanas, el día que me dejaste vestida y esperando. En ese momento lo supe. Supe que me engañabas con otra. Pero fue tu actitud del día siguiente la que me certificó que eran ciertas mis sospechas, cuando se te ocurrió llamarme con aquella excusa tan burda de que te habías quedado sin batería. Dime una cosa: ¿de verdad me creías tan idiota como para tragármelo? No, sé que no, la realidad es peor todavía. Lo que tú te creías era que mi amor por ti era incondicional, y eso te dio pie a pensar que podías hacer conmigo lo que se te antojase, y eso aún es peor.

Daniela estaba cómodamente sentada en un sofá de color negro con las piernas cruzadas, mostrando aquel estilo tan elegante que solía caracterizarla. Se explicaba moviendo las manos de la misma forma que lo hacía cuando se reunían con todos los amigos y ellos le pedían que les explicase alguna anécdota de las noticias que solía cubrir. Él deseó tenerla enfrente para pedirle perdón a besos y rogarle que no continuase, como siempre había hecho.

—Contraté a un detective —soltó. Álex abrió los ojos, asombrado—. Te siguió durante quince días y, como podrás comprender, me enteré de todo. Sé lo de María, tu amante de la hamburguesería con la que te ves desde hace diez años y a la cual mantienes. También descubrí lo de tus visitas al prostíbulo de las afueras, dos veces por semana si mal no recuerdo. ¡Ah, sí! —exclamó, apuntando con el dedo—. Otra pregunta: ¿no te pareció extraño que no nos

hubiésemos acostado en todo este tiempo? ¿No te planteaste por qué siempre te quedabas dormido? Yo te drogaba. Como comprenderás, me moría del asco. Nada más de pensar en todos los sitios donde la habías metido, me daban arcadas, te lo juro.

Ella agitó la cabeza haciendo un gesto de repugnancia, que liberó uno de los mechones que ocultaba detrás de las orejas. Se lo acomodó con delicadeza de nuevo en el mismo lugar y prosiguió.

A medida que Álex la iba escuchando, pasó del disgusto a la estupefacción. Echó mano de la memoria y entonces recordó cada uno de los episodios que Daniela estaba reseñando, y comprobó horrorizado que era cierto: lo había estado drogando.

—¡Ah, claro! Y, por supuesto, tu idilio amoroso con la amiga Carla Fernández. Ponte cómodo, querido —lo aconsejó, mirando fijamente a la cámara—. Te aseguro que vas a flipar. El detective que contraté me había puesto al corriente de todo y, justo cuando ya estaba dispuesto a irse, me dijo algo muy interesante: me habló de un incidente que habías tenido cerca de la casa de Carla con un extraño motorista vestido de negro y un particular casco con un diseño de llamas a ambos lados; me explicó que te cortó el paso y te amenazó. Entonces lo vi clarísimo. Que sepas que nadie entró a robar en mi piso, yo lo organicé todo. Pedí unos días libres a mi jefe y me puse manos a la obra. Me levanté muy temprano una mañana, retiré las cosas de mayor valor del piso y las trasladé al trastero; luego subí a casa, la desordené y, finalmente, me autolesioné contra el marco. Esa fue la parte más dura, debo confesar —aseguró subiendo las cejas—; lo demás fue pan comido. Llamé a tu oficina y monté el teatro. Yo sabía perfectamente que tú ibas a ser el primer interesado en que no apareciese la policía, por miedo, claro. Y, tal como yo esperaba, te esmeraste en convencerme para que no presentase una denuncia.

Álex tuvo que parar la grabación y levantarse para coger aire. Su

consternación era tal que se sintió mareado y tuvo que ir hasta el baño para refrescarse. Se mojó la cara con abundante agua, como si con ello intentase borrar todo cuanto acababa de ver y escuchar. Repitió la operación varias veces, frotándose la cara con desesperación; luego levantó la mirada y se buscó en el espejo, pero el reflejo también le devolvió la imagen congelada de Daniela en la pantalla del televisor, que lo incitaba a volver. Se giró y, con el rostro empapado, volvió a sentarse en el borde de la cama y oprimió de nuevo la tecla de *play*.

—Supongo que te estarás preguntado para qué lo hice, y la verdad es que, aparte de que disfruté muchísimo con tu cara de culpabilidad y tu consternación, la razón principal es que necesitaba dinero, ya que tenía que cubrir los gastos de alguien a quien acababa de contratar. —Soltó un largo suspiro y dijo, mirando a la cámara—: Y menuda contratación, por Dios santo...

Al decirte que me habían robado y que estaba en apuros económicos, te faltó tiempo para salir corriendo y volver con dinero. Esa era tu forma de expiar las culpas y, evidentemente, de evitar que fuese a la policía. Ni te pienses por un segundo que me creí que te preocupabas por mí. —Puntualizó para luego continuar. En fin, yo me había gastado gran parte de mi dinero pagándole al detective y necesitaba más efectivo para pagarle a la persona que acaba de contratar, la que se encargaría de conquistar a Carla Fernández.

En ese momento, de la garganta de Álex salió un grito que no pudo controlar. Cada cosa que Daniela decía a través de aquella pantalla infame era más terrorífica y maquiavélica que la anterior. Sintió que no tenía capacidad para asimilarlas, pero algo le decía que lo peor aún estaba por venir, y no detuvo el vídeo.

—Entonces, contraté a Jon y le di toda la información que necesitaba para meterse en la vida de Carla y, evidentemente, todos tus puntos débiles. Te

recuerdo, querido, que estabas haciendo con ella lo que siete años atrás habías hecho conmigo. La experiencia es un grado. —Le guiñó un ojo con sarcasmo y prosiguió—: La verdad es que no le fue difícil lograrlo: la chica ya había dejado a su novio anterior por ti, así que no era muy descabellado pensar que, si le plantábamos delante a un hombre más joven y más guapo que tú, que demostrase morirse por ella y al que, para colmo, le sobrase el dinero, ella tarde o temprano te dejaría. Y lo cierto es que no me equivoqué. Y ¿sabes lo mejor de todo? Que lo pagaste tú. —Estiró los dedos la mano y comenzó a enumerar—: El alquiler del deportivo que viste en la puerta de la casa de Carla, las cenas, los regalos, las salidas, los desayunos que le llevaba después de que tú te fueses del aparcamiento de la universidad. Todo, absolutamente todo, lo pagaste tú, y también su tarifa diaria, claro está.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Álex, confundiéndose con el agua que todavía no se había secado en su rostro desencajado. Se había quedado inmóvil, incapaz de reaccionar, mientras se aferraba con los puños a la colcha de la cama y un dolor inmenso atenazaba su interior.

—Lo cierto es que no sé cómo la tal Carla supo de mi existencia. Yo pensé que era la única que jugaba con ventaja, y la verdad es que me sorprendí bastante al ver el mensaje que te envió el lunes. No te preocupes, no te revisé el móvil, no me hacía falta —aseguró, haciendo un gesto con la mano como restando importancia—. Jon me lo enseñó, después de revisarle el móvil a Carla y enviarlo a su teléfono. Bueno, tranquilo, ahora que ya sabes que todo fue un montaje, podrías intentar volver con ella, pero no sé yo si podrás fiarte mucho. —Levantó las manos hacia arriba, como quien admite algo evidente, y concluyó —: Te puso los cuernos, sabes, quizá yo debería haber hecho lo mismo: no creas que no me lo planteé, pero eso sería ponerme a tu mismo nivel, y no te mereces que yo caiga tan bajo.

En ese instante, Daniela se detuvo y miró al techo como rebuscando en su memoria, mientras jugueteaba con su cabello y fingía peinarlo. De repente hizo un chasquido con los dedos y dijo:

—Ah, sí, casi se me olvidaba: esta historia no estaría completa si no te contase que presencié cómo te destrozaban el Porsche, pero debo decir que no tuve nada que ver —puntualizó con el dedo índice—. Yo te había seguido, estaba oculta dentro de un coche de alquiler al final de la calle, comprobando tus pasos para así darle la información de tus horarios a Jon, cuando de repente el motorista apareció y se despachó a gusto con tu coche. No puedo expresarte con palabras lo mucho que me divertí.

La mirada de Álex se turbó, y apretó con más fuerza la tela que tenía atrapada entre los puños, al ver como Daniela se regocijaba por lo ocurrido.

—Yo que tú, me andaría con cuidado. Por lo que he podido averiguar, el sujeto es hermano de una camarera del *pub* al que vas algunas tardes, el mismo donde conociste a Carla. No sé qué le hiciste a esa chica, pero lo cierto es que el tipo no está muy contento contigo. Por lo que he podido saber, no goza de muy buena reputación; creo que trafica con drogas o algo así. —Se inclinó hacia delante y se colocó una mano al lado de la boca, imitando el gesto de quien quiere contar un secreto, y dijo—: Parece que es un poco violento. Me lo contó Jon, lo averiguó usando sus encantos, una de las tardes que esperaba a tu amada Carla en el *pub*.

De pronto, Daniela abandonó su sitio en el sofá y desapareció de la imagen. Álex se quedó desconcertado, creyendo que ella había decidido poner fin a su confesión. Si bien era cierto que todo lo que había escuchado era terrible, no se esperaba un final tan radical y abrupto. Entonces percibió un susurro que llegaba a través de los altavoces. Era obvio que ella estaba hablando con alguien. Advirtió una serie de sombras, luego el sonido de unos pasos y, finalmente, su voz, que daba las gracias a una persona. Daniela apareció de

nuevo, se dejó caer en el sofá adoptando la misma posición de antes y le mostró un sobre que tenía en la mano.

—Aquí adentro está mi nuevo contrato de alquiler, en otra ciudad, como comprenderás. —Unió ambas manos, como quien pretende rezar, y confesó—: No sabes cómo te agradezco todos esos días en los que desapareciste por completo. Eso me permitió moverme con total libertad sin que sospechases nada; así que, evidentemente, te mentí cuando me preguntaste si ya tenía piso y te respondí que no. Por supuesto, tú has pagado los dos meses de depósito y la primera mensualidad.

Ella sacó el documento del interior del sobre con intención de evidenciar lo que acaba de explicarle. Lo mostró sin que se pudiesen apreciar los detalles y lo dejó a un lado. Después volvió a introducir la mano dentro del sobre y extrajo algo que Álex creyó reconocer, y prosiguió:

—Uno de los días que te drogué, aproveché para revisar tu furgoneta y descubrí que guardabas esto dentro de la guantera. —Le mostró un sobre azul con su nombre y una copia de la factura de la joyería—. Sé lo del reloj y las otras joyas que le regalaste a Carla; ese es otro asuntito del que ya me ocupé, pero no quiero entretenerte demasiado con mis cosas. Pásate por la joyería un día de estos y lo averiguas tú mismo, si quieres. —Soltó una risilla malévola y dijo—: Me he tomado la libertad de quedarme con el dinero de este sobre, ya sabes, para los extras. Total, ambos sabemos a dónde iba a ir a parar; ahhh!!! se me olvidaba también me pasé por la boutique del hotel antes de irme y me compré algunas cositas. Son para ir de punta en blanco a mi nuevo puesto de trabajo. Supongo que no te importará considéralo un justo pago, por todo lo que me has hecho.

De repente, hizo un gesto con la mano, dirigiéndose a la persona que se ocultaba detrás de la cámara, para pedirle que se acercase, y entonces su rostro ocupó gran parte de la imagen. Álex sintió un desagradable escalofrío al

notar como la verde y oscura mirada de Daniela lo taladraba. Ella entornó los ojos para dar énfasis a su último mensaje.

—Ahora escúchame bien: para mí, hubiese sido muy sencillo callarme y permanecer a tu lado, porque, a pesar de todo, todavía te quiero. —Álex rompió a llorar tocando el cristal, como si quisiese acariciarle el rostro—. Una no se levanta un buen día dejando de amar, yo no sé hacerlo igual de bien que tú —matizó—. Pero ambos sabemos que, tarde o temprano, volverías a las andadas, y yo no estaba dispuesta a ello; me engañaste dos veces y, evidentemente, no podía volver a permitirlo. Por otra parte, también me hubiese sido muy fácil marcharme y no confesarte nada de esto, haciéndote creer así que habías perdido a la mujer de tu vida y dejando que te hundieses en un mar de culpa. Pero no. He preferido ser sincera, como siempre lo he sido contigo. Ten en cuenta que todo cuanto te he dicho es verdad, incluidos todos los te quiero.

Álex estaba destrozado. Se había desplomado de rodillas en el suelo, rogando y suplicando, mientras pasaba las manos por la pantalla del televisor llorando, pero Daniela no le dio tregua.

—Si te he contado todo esto, es porque quiero que cada vez que me recuerdes revivas la forma en la que te he engañado, te he robado, estafado y utilizado. Te prometo que yo haré lo mismo por ti. —Le resbaló una lágrima por la mejilla y la retiró con brusquedad—. Quiero que me odies profundamente, tanto o más de lo que yo haré contigo, y que ese odio te sirva para mantenerte lejos mí.

Le he enviado una copia de todo esto a Cris, porque te conozco y sé que eres muy capaz de decirle que te he dejado sin más, y eso tampoco podía permitirlo. Te recuerdo que ya me la jugaste una vez, dejándome delante de todo el mundo como una zorra que se había metido por medio de tu relación para destruirla. Yo deseo que solo una persona en este mundo me considere

una zorra: tú. Gracias por la lección de vida que me has dado, te aseguro que jamás me volverá a pasar nada parecido. Solo espero que puedas mejorar como persona y que no le hagas pasar a nadie más por todo lo que me has hecho pasar a mí. Lo que más me complace es saber que, de ahora en adelante, cuando conozcas a alguien, la incertidumbre y la desconfianza te invadirán, sembrando siempre la duda en ti acerca de los sentimientos que esa persona pueda albergar, e impidiéndote ser feliz. Ahora sabrás lo que se siente. Hasta nunca, Álex Bacardit. Espero que me recuerdes y sufras, pero, sobre todo, quiero que me recuerdes y me odies. —Levantó la mirada y dijo—: Corta, por favor.

Álex todavía lloraba cuando el rostro de Daniela desapareció de la pantalla y aparecieron el silencio y la oscuridad, los mismos que ella acababa de sembrar en su interior tras todo lo que le había revelado. Se levantó desorientado, dando pasos erráticos y recordando cada una sus palabras. Entonces, la desesperación fue ganando terreno en él poco a poco, hasta dar paso a un arrebató de furia que lo dominó por completo.

Movido por la ira, propinó un fuerte manotazo al televisor, arrancándolo del sitio; el enchufe se separó de la conexión de la pared con un violento chispazo, y entonces el aparato chocó contra la pared y luego aterrizó en el suelo, destartalándose contra la alfombra. No conforme con ello, arrastró la colcha y las sábanas de la cama de un tirón, logrando desplazar el colchón de su sitio; el ímpetu de sus movimientos también alcanzó una de las mesitas de noche, que salió despedida contra la pared, donde la bombilla estalló, víctima de la vehemencia que se había apoderado de él. El ataque de cólera le duró varios minutos, hasta que cayó rendido en el suelo, aferrándose a las sábanas y llorando de nuevo como un niño pequeño. Estaba desolado, solo podía pensar en ella. Pero no sentía odio; sentía dolor, desamparo y unas ganas terribles de volver el tiempo atrás. Ella se había ido, lo había dejado, y lo había hecho

causando un cataclismo en su interior. Supo que jamás podría recuperarse de aquello y, entonces, entendió que ella había logrado su objetivo: destruirlo.

El sobre que Daniela había enviado a Cris aquella misma mañana por vía urgente contenía un lápiz de memoria igual al de Álex, pero, en su interior, ella había incluido una carta para su amiga con una breve explicación, para prepararla para lo que estaba a punto de ver. En ella también le pedía perdón por desaparecer de forma tan repentina y prometía contactar con ella de nuevo, pero solo cuando el tiempo hubiese aliviado sus heridas: luego le deseaba lo mejor en su matrimonio y se despedía sellando el manuscrito con un beso de color carmín. Horas más tarde, y casi al mismo tiempo que Álex, Cris se sentaba frente a su ordenador portátil y pulsaba el *play*.

El Sr. Forni se había portado de maravilla con ella. Durante todo el jueves había estado haciendo llamadas y moviendo hilos para lograr que, desde la sede principal, considerasen nuevamente la propuesta que habían hecho a Daniela tiempo atrás, la misma que ella había rechazado por permanecer al lado de Álex. Apenas un par de días antes, Daniela se había armado de valor y había entrado al despacho de su jefe para pedirle ayuda con el asunto, argumentando que estaba preparada para enfrentarse a nuevos retos. Forni, demasiado inteligente y avezado como para creérselo, recordó los días anteriores, en los cuales ella había estado tan triste, y entendió que quería dejar la ciudad por algún asunto personal. Tras reponerse de lo que consideraba una mala noticia, pues apreciaba su labor, se dispuso a ayudarla.

Aquel jueves ambos habían tenido que esperar la respuesta durante todo el día, lo cual había sido para Daniela sumamente estresante, ya que, si no conseguía el trabajo, sus comienzos en la nueva ciudad iban a ser más complicados. Ella todavía conservaba parte del dinero que había obtenido de Álex y algunos ahorros, pero necesitaba trabajar. Afortunadamente, las acciones de su jefe y su buena trayectoria habían dado resultado, y a última

hora de la tarde le confirmaban que el puesto era suyo. Ella, al recibir la noticia, no había podido contenerse y se había lanzado a los brazos de su jefe, eufórica, para darle las gracias.

Aquel jueves Matty tampoco se había marchado y esperaba expectante detrás de la pantalla de su ordenador a que Daniela apareciese por la puerta con noticias. Ella sabía que su amiga había pedido el traslado, pero aquello no era condicionante para su partida, pues Daniela le había confesado que estaba dispuesta a irse de todas formas. Cuando Matty la vio entrar, supo por la expresión de su rostro que lo había logrado; entonces, saltó de la silla, fue a su encuentro y, juntas, bailaron por medio de la redacción, celebrando la buena nueva. Después del rato de euforia, Daniela había decidido contarle a Matty todo lo que había averiguado con respecto a Álex. Explayándose en detalles, la puso al corriente de todo y la informó sobre el porqué de cada una de sus acciones. Ella ya le había explicado lo del acuerdo con Jon, pero no le había contado todo lo demás, y no quería que su amiga considerase sus acciones desmesuradas. Todo tenía una razón de ser.

—¡Madre santa, menudo elemento! —exclamó Matty horrorizada, cuando Daniela hubo terminado de contarle toda la verdad.

—Perdóname si en un principio no te conté todo —se disculpó Daniela—, pero ni yo misma era capaz de asimilarlo. Te juro que fue terrible y desolador descubrir a la verdadera persona que llevaba siete años a mi lado.

—Cuánto lo siento, Daniela. Mira que el tipo me cae mal, pero nunca imaginé que fuese tan retorcido.

—Ni yo —admitió ella—. Por eso, Matty, me gustaría pedirte que me ayudes a cerrar este capítulo con broche de oro.

—Pide por esa boquita.

—¿Tienes tiempo?

La noche del jueves, eran ellas junto con el Sr. Forni los únicos que

permanecían en la redacción periódico. Mientras se dirigían hacia su despacho, entre las dos ensayaron quién y cómo debía hablar con él para exponer la petición, y, justo cuando el hombre se disponía a cerrar la puerta de su oficina, lo atajaron para pedirle un último favor. Con el beneplácito de su jefe para tomar una cámara y ocupar una sala, aquella misma noche las dos amigas se encerraron en una pequeña sala de reuniones del primer piso del periódico y dieron comienzo a la filmación que al día siguiente por la tarde llegaría a manos de Álex y también a las de Cris. Matty había sido la ayuda oculta con la que Daniela había contado para realizar la grabación, la sombra que Álex había visto en la pantalla del finalmente maltrecho televisor, y sería la persona que la ayudaría todavía más. El Sr. Forni también había dado la aprobación a Matty para que se tomase el día siguiente libre, para que pudiera ayudar a Daniela a recoger todas sus cosas.

La mañana del viernes a primera hora, Matty entraba por la puerta del hotel, y juntas se pusieron manos a la obra. Entre las dos recogieron las pocas cosas que Daniela tenía en la habitación y, para no levantar sospechas, lo metieron todo en la bolsa de deporte Matty, con la que había llegado una hora antes, supuestamente para ir al *spa*. Luego fueron a la boutique del hotel y pasaron un buen rato eligiendo ropa y zapatos, mientras a Daniela le entraban las llamadas y los incesantes mensajes de WhatsApp de Álex en el teléfono móvil. Ella obsequió a Matty con un precioso conjunto de zapatos y bolso a juego, a modo de agradecimiento por toda la ayuda que le había brindado. La joven, en primera instancia, se había negado al ver el precio, y Daniela tuvo que recordarle con una enorme sonrisa llena de picardía quién se haría cargo de la factura.

Salieron del hotel, dejando una separación de cinco minutos de tiempo entre ambas, siendo Daniela la última para dejarle la nota escrita a Álex. Así, nadie

podría involucrar a Matty en caso de que él quisiese indagar. Después pusieron rumbo al apartamento de Daniela y recogieron las maletas con toda su ropa. Durante varias tardes, ella había pasado por allí y había ido recogiendo todas sus cosas para tenerlas listas en el momento indicado, sin perder tiempo. Dieron un repaso final por todas las habitaciones antes de marcharse. Ya en la puerta, Daniela lanzó una mirada de añoranza al lugar en el que tantos momentos había vivido, sabiendo que jamás volvería, cerró y se fue.

Su último destino fue el aeropuerto, donde la despedida entre las dos amigas no fue fácil. Lágrimas y abrazos formaron parte de la emotiva partida de Daniela, mientras ambas prometían mantener el contacto y volver a verse en cuanto les fuese posible. Antes de pasar la puerta de embarque, Daniela se giró por última vez y le lanzó un beso al aire a la llorosa Matty, quien al recibirlo le gritó:

—¡Suerte, amiga!

—Por favor, no olvides lo que te he pedido —rogó Daniela desde la distancia.

—Tendrían que matarme —contestó Matty.

Las escaleras mecánicas engulleron a Daniela, ante la acuosa mirada de Matty, cuando esta todavía continuaba agitando la mano en el aire para decirle adiós.

El nuevo apartamento de Daniela era más grande y estaba en una mejor zona que el que había ocupado durante siete años en su antigua ciudad. El dinero que le había quitado a Álex había servido para poder costearse la cuantiosa entrada que solicitaba el arrendador, y todavía le quedaba suficiente como para poder pagar los próximos seis meses sin problema. Sin embargo, afortunadamente no tendría que echar mano de aquel dinero, porque en su nuevo puesto de trabajo cobraba un poco más y, con esfuerzo y algo de suerte, pronto podría adquirir algo en propiedad.

Llevaba un mes instalada en su nuevo hogar y, a pesar de ello, todavía pensaba en Álex. En el fondo

sabía que tendría que pasar mucho más tiempo todavía para que su recuerdo se diluyese, y, aunque nunca desapareciese del todo, tenía la plena seguridad de que algún día ya no le dolería tanto. Era sábado por la mañana, el sol entraba por el ventanal iluminando toda la estancia, y Daniela se entretenía organizando las últimas cajas de libros que quedaban por abrir. Había contratado una empresa que se había encargado de vaciar su antiguo apartamento y traerlo todo al nuevo. Mientras lo hacía, reflexionó y se dio cuenta de la suerte que había tenido.

Todo el plan que había urdido aquella tarde, cuando estampó el barato jarrón de cinco euros contra la pared, le había salido perfecto: se la había jugado a Álex en sus narices y él ni siquiera había sospechado. De pronto, el timbre sonó y la sacó repentinamente de sus pensamientos. El corazón le dio un vuelco, al creer que Álex la había localizado, y se quedó inmóvil sin saber qué hacer. Pero volvieron a tocar. Soltó el libro que tenía en la mano y se dirigió a la puerta para abrir.

Los hermosos ojos azules de Jon se iluminaron al igual que su sonrisa, cuando ella apareció detrás de la puerta. Estaba más bello que nunca, un pequeño mechón de cabello le colgaba sobre la frente, tenía una mano apoyada en el marco y, con la otra, sostenía una botella de vino tinto. La miró fijamente y le dijo:

—¿Me invitas a pasar?

Daniela se apartó sin decir nada y le hizo un gesto con la mano para que entrase. Él cruzó el umbral de la puerta, inundándola con su perfume. Entonces ella cerró los ojos evocando el momento en que lo había visto por primera vez en el *hall* de Hotel Le Chat. Los abrió de nuevo y contempló su espalda ancha y esculpida a través de la camiseta negra que se amoldaba a su cuerpo, y se deleitó con cada una de sus formas. Apoyó la espalda en la puerta y la cerró.

—Bonito reloj —afirmó ella.

—¿Te gusta? Me lo regaló una amiga —aseguró con una sonrisa, mientras

dejaba la botella sobre la mesa.

Daniela sonrió, recordando la aventura que había hecho pasar a Matty, cuando le hizo cambiar el reloj robado a Carla y adquirir el que había elegido para Jon. Un mes atrás, de camino al aeropuerto, Daniela había pedido el último de los favores a su incondicional amiga. Una vez habían llegado al aparcamiento del aeropuerto, ella abrió la guantera de su coche y extrajo la bolsa con el reloj, que había permanecido allí desde que Matty la había guardado, y le dijo:

—Amiga, sé que te hice pasar un buen apuro cuando te pedí entrar el otro día a la joyería, pero te aseguro que era por un buen fin. —Puso la bolsa en manos de Matty y le pidió—: Por favor, entrégale esto a Jon y dale mi dirección por si algún día quiere visitarme.

—¡Serás tonta! —exclamó Matty—. ¿Por qué no se lo entregaste tu misma? Le habría encantado.

—Creo que no quiere saber nada de mí —repuso Daniela con tristeza.

Y se marchó dejando la ciudad, convencida de que jamás lo volvería a ver. Pero ahora estaba ahí, frente a ella, apoteósico y más sensual que nunca. Entonces, él se acercó y le hizo la misma pregunta que le había hecho Matty en el aparcamiento del aeropuerto.

—¿Por qué no me lo entregaste tú misma?

—Pensé que no querías volver a verme —contestó Daniela—. El último día que te vi, te fuiste molesto.

—Porque te perdía, estaba convencido de que volverías con aquel imbécil —explicó.

—Te dije que no era mi intención hacerlo.

—No fuiste convincente —adujo Jon.

—¿Lo soy ahora?

—Mucho —respondió él.

Se acercó todavía más y la acorraló, colocando ambas manos sobre la puerta; luego apoyó su frente en la de ella y le dijo:

—Aquel día me fui destrozado, pensando que te quedarías a su lado.

—Solo me quedé lo justo, para poder despedirme a mi manera —aclaró Daniela.

—Lo sé. Matty me lo contó todo —suspiró, y le confesó entre susurros—: Te he extrañado mucho.

—Y yo a ti, pero estaba convencida de que te habías quedado al lado de Carla, y no me atreví a llamar.

—Te dije que ella no me interesaba.

—No fuiste convincente —le soltó Daniela, con una sonrisa traviesa.

Jon separó su frente de la de Daniela, retiró una de las manos de la puerta y, tomándola por la cintura, la atrajo hacia sí con decisión; se acercó y rozó suavemente sus labios con los de ella, poco a poco fue invadiendo con su boca la suya, hasta apoderarse por completo de sus labios y después conquistar su lengua, para entregarse al apasionado beso que ambos deseaban desde hacía mucho tiempo. Luego se retiró y le preguntó:

—¿Lo soy ahora?

—Mucho —respondió ella.

—Ya, pues aún recuerdo que me soltaste que era demasiado joven para ti —le espetó él con sarcasmo.

—Tenía que disuadirte —se defendió Daniela.

—A ti sí que te voy a disuadir yo.

Jon la tomó por la cintura y la besó de nuevo, haciendo que todo el cuerpo de Daniela vibrase de deseo. Entonces él la levantó en brazos y la llevó hasta el sofá, donde ambos se despojaron mutuamente de la ropa, mientras se besaban con avidez. Se tenían demasiadas ganas.

Una hora más tarde, todavía en el sofá, sus cuerpos desnudos permanecían

unidos, pero en calma. Daniela tenía la cabeza apoyada sobre su pecho y se deleitaba escuchando los latidos de su corazón, mientras Jon acariciaba suavemente su espalda con la yema de los dedos. Los dos en silencio, los dos felices. De pronto, el sonido del WhatsApp en el móvil de Daniela los distrajo. Ella alargó la mano y lo alcanzó.

Mensaje de Álex para Daniela: «Vuelve, por favor. No me importa nada de lo ocurrido, me lo merezco. Yo no puedo odiarte, solo quererte. Cambiaré, te necesito, no sé qué hacer sin ti».

Daniela analizó el texto y le dijo a Jon:

—Amor ¿te molesta que me haga un *selfie* tumbada sobre tu pecho? No saldrá tu cara —prometió ella.

—Claro que no. Por mí, como si quieres que salga mi cara, me da igual que me vea ese imbécil —aseguró Jon, sorprendiéndola.

—¿Cómo sabes que es él?

—Por tu cara de maldad, que, por cierto, me vuelve loco.

Daniela sonrió complacida al escuchar sus palabras. Levantó el teléfono estirando el brazo lo máximo que pudo y pulsó el botón de la cámara.

El corazón de Álex dio un vuelco de la emoción al ver el icono de respuesta en la pantalla; llevaba un mes sin saber de ella y estaba desesperado. Desde que Daniela se había marchado, él la había llamado incesantemente y también le había enviado infinidad de mensajes, pero jamás había obtenido contestación. En su desesperación, había recurrido a Cris en busca de ayuda, pero las pocas oportunidades en las que ella le había dirigido la palabra, siempre cortante y adusta, le había dicho que no tenía noticias, y su intuición le decía que su contestación era cierta. Con pulso tembloroso, deslizó el dedo por la pantalla y dio un toque para ver la imagen que ella le había enviado.

Empalideció repentinamente; nunca se le había pasado por la cabeza imaginar a Daniela en brazos de otro, pero ahora su demudado rostro era una vívida prueba de lo que aquella imagen acaba de provocar en él. En la fotografía, ella aparecía descansando sobre el pecho desnudo de un hombre al que no se le veía la cara; su larga melena castaña caía como una cascada sobre el hombro derecho de aquel enigmático individuo del cual solo se podía apreciar un tonificado brazo, adornado con un caro reloj Tag Heuer Grand, con el que le cubría los pechos también desnudos, mientras ella sonreía llena de felicidad. Mensaje de Daniela para Álex cinco minutos más tarde: «Como puedes comprobar, yo sí sé lo que hacer sin ti, y se me está dando de maravilla». El llanto acudió una vez más a él, tal y como lo había hecho en tantas ocasiones el último mes. Por más que lo intentó, no pudo apartar la mirada de la pantalla, y poco a poco la humedad fue inundando sus ojos y distorsionando la imagen de la mujer que amaba, hasta que se volvió borrosa y desapareció. Se vio obligado a cerrarlos, y entonces las lágrimas le rodaron libres y sin control por las mejillas, dando paso de nuevo a la oscuridad y el silencio, los mismos que había sentido aquella tarde fatídica en la habitación del hotel.

FIN